

Miguel Alberto González González



Resistir en la esperanza.  
Tertulias con el tiempo

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

**Miguel Alberto González González**

**Resistir en la esperanza.**  
Tertulias con el tiempo

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

**Miguel Alberto González González**

**Resistir en la esperanza.**  
Tertulias con el tiempo

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

Miguel Alberto González González, Original 2011. De la presente versión, con actualizaciones, 2018.  
mgcaronte@me.com

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo / Miguel Alberto González González

**ISBN 978-958-44-84-82-6**

**ISBN: 9781717824554**

Óleo sobre lienzo, (2018), título –Espera II, obra de Miguel Alberto González González.

Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira. Primera Edición.  
Washington: Amazon. Segunda Edición  
2011.

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## Dedicatoria

A horizontes humanos como sueño de humanidad. A la soledad que se basta con el silencio. A los hombres antiguos, cuya caverna y río les permitió dejarnos existir; tanta generosidad aún no sabemos cómo retribuirla.

A quienes resisten en la esperanza desde siempre nos reconocemos, a quienes habitan en la desesperanza un abrazo de humanidad.

A mi abuela paterna que viajó al vacío con la dignidad que delegó en nosotros; a Jonier Valencia González que se lo llevó esta violencia endémica y amañada de Colombia cuyo sacrificio pronto olvidará la humanidad si es que ya no lo hizo; a mi familia cuyo estoicismo merece el más significativo tributo de admiración.

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## **Agradecimiento**

Los proyectos, que no se tornan en proyectiles, se deben a demasiadas personas, quizás, a la humanidad completa.

Un agradecimiento especial a Diego Mario Zuluaga, Julián Serna Arango, Mario Bohórquez Álvarez, Isaías Gómez Jaramillo y Raúl González Navarro

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## Índice

Presentación .....	13
Proemio .....	15
Trama I. Paisajes del vacío. Tertuliar el tiempo .....	21
La angustia de la pregunta .....	23
Desgarraduras del tiempo.....	29
Desesperos de modernidad .....	32
Engaños y desencantos .....	33
Pesimismo ¿Políticas? .....	35
Control, miedos, incertidumbres .....	40
La ciudad .....	42
Desesperos .....	43
Soledades del sujeto .....	44
Prosperidad del mercado.....	45
Repudio a lo antiguo .....	45
Abandono religioso .....	46
Promesas incumplidas .....	47
Sospechar de la verdad .....	48
Descreimiento de lo que convoca el concepto patria .....	49
La justicia despistada .....	50
Falocracia, dedocracia.....	53
Libertad por conquistar, desconquistada. ....	56
La posmodernidad .....	58
La violencia ritualizada.....	63
Los Derechos Humanos.....	65
La legítima defensa .....	66
Persistir en las resistencias .....	69
La ciencia en sus precariedades.....	73
La inteligencia icónica .....	77

Neoscurantismo .....	79
Trama II. Bella indiferencia del presente .....	83
Perezas colectivas.....	85
Crisis de dignidad de presente .....	86
Olvidos de presente ¿Y el espacio? .....	90
Dopajes del tiempo .....	94
Conciencia de presente .....	97
Didácticas del perdón .....	99
La tragedia de la corrupción, infinita en el tiempo humano.....	101
La verdad y su desprestigio .....	103
Presagios para no olvidar .....	107
Pasado o futuro .....	108
Los mitos.....	111
Tiempo perdido .....	114
Pensar de Hierro.....	116
Trama III. Memorias y utopías, nuestros olvidos de futuros .....	121
Memoria primera .....	123
La ilusión humana.....	124
Memorias .....	126
Utopías .....	134
¿Mesianismos? .....	136
Los mesías.....	137
Olvidos de futuros .....	139
Políticas de la evasión .....	140
Las transiciones económicas, el sistema- mundo del trabajo.....	142
Zozobras del crimen .....	144
¿Olvidamos el futuro? ¿Y la educación? .....	145
Las ignorancias .....	147
¿Utopías o distopías? .....	148
Resistir en las esperanzas.....	155
Epílogo. Cuando pensar es el vivir.....	159
Bibliografía.....	165

## Presentación

Con la publicación de este libro, se pretende ampliar la cobertura de trabajos académicos que se escriben en la región del Eje Cafetero y consolidar los convenios con entidades culturales en las que se están gestando diferentes formas de la investigación humanística, en este caso con “Horizontes humanos”, organización sin ánimo de lucro que difunde valores éticos, estéticos, educativos en América Latina. Por ello, consideramos que la obra *Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo*, de Miguel Alberto González González, narrador, ensayista e investigador de Caldas, residenciado en Risaralda, representa un interesante aporte a la Colección “Literatura, Pensamiento y Sociedad” de la Maestría en Literatura de la Universidad Tecnológica de Pereira.

La divulgación del pensamiento de la llamada periferia casi siempre ha estado ligada a expresiones de resistencia de la hegemonía del centro. Un poco en contravía de la tendencia actual hacia la invisibilización de las ciencias humanas en los planes de desarrollo del país, casi dramática en las regiones, persistimos en la tarea de divulgación de esa

periferia que, a nuestro juicio, desarrolla importantes procesos de incidencia sobre el centro.

**César Valencia Solanilla**

Docente Universidad Tecnológica de Pereira

## Proemio

Luego de la orgía, después de la totalización positiva del mundo y su exhibición en las redes, deviene la indiferencia. Tras el desencanto y la pérdida de lo secreto y lo mítico, el presente ensordece y colapsa. El tiempo y el espacio permanecen ajenos lo cual se cierne sobre los sueños de humanidad.

Dialogar con el tiempo implica reconocer la desmesura, el exceso de una época desencantada que se viste de simulacros para abandonar el presente o se exilia del futuro para perderse y olvidarse.

Tiempos de un presente despreciado, de un asesinato del alma colectiva, de relatos olvidados y sensaciones ausentes, desesperos y hombres solitarios.

Tiempo de interconexiones, máquinas cibernéticas, pantallas, ciencias positivas, poderes e imperios, mesías y simulacros. Tiempo sostenido por valores que son de otros tiempos, por memorias exhaustas, por olvido de futuros.

Allí el hombre permanece indiferente, huérfano y exiliado del mundo. Allí dice el poeta y el filósofo Miguel:

—“cualquier abandono de una época es por no aprender a platicar con el tiempo, por no saber resistir en la esperanza.”—

Paisajes de vacío que son ausencia de sujeto, de palabras, de dignidad y de esperanza. Olvido de humanidad devenido tras la promesa incumplida del sueño moderno de progreso y felicidad.

Muchos poetas y narradores extraviaron su alma entre tantos excesos. Arlt, Quiroga, Silva, Pizarnik recorrieron muchos de los caminos que atormentaron también a Goya, Nietzsche o Artaud.

Desesperos de la modernidad ante un mundo que ya no encanta, solo produce: conocimientos, artefactos, técnicas, máquinas de control, violencias, transparencias.

No se trata sólo de las promesas incumplidas sino también de las cumplidas; la ilusión positiva del conocimiento ha sido realizada y el mapa del reino, como lo adelantó Borges, cubre la totalidad del territorio.

Aquella transparencia de las estructuras del mundo — racionalizado, mostrado, exhibido— ha dejado un saldo dramático: la soledad del hombre, la imposibilidad de estar juntos, indiferencia, violencia, depredación, olvidos, esperanzas destrozada; de nuevo Miguel advierte:

“...al fin de cuentas llevamos siglos luchando por tener sabiduría y, pese a ello, el hombre labra más tumbas y elabora más armas; entonces, tendríamos que figurarnos lo por venir con un hombre que ame más y sepa menos, que no finja el amor.”

Exaspero o deuda de humanidad ante un mundo disuadido por la amenaza del terror o el simulacro, el pánico o la seguridad, la guerra y el exterminio. Abusos de humanidad que Baudrillard define como pospolítica —final de la escena política, del conflicto, de lo social, del encanto— y que Miguel González describe como ‘bella indiferencia del presente’ o también como ‘crisis de identidad del presente de no querer estar en el tiempo de los hechos-acontecimientos- sucesos’.

La bella indiferencia ante un presente sin conflictos, o más bien, donde los conflictos se visualizan como anomalía o disfunciones que deberán ser corregidas por técnicos o especialistas.

Anonadamiento del presente, estrechamiento del espacio, olvido del hombre, desgarramiento de un mundo sin futuro y sin pasado, asesinato del tiempo: paisaje desolador que estremece al humanista.

Los horizontes desolados pueden convertirse, no obstante, en horizontes humanos si resistimos en la esperanza,

si recuperamos la vocación por las utopías, si esperamos “en el candor de la eterna espera” que nos solicita Miguel:

“Es posible que al dejar fugar la ilusión del aquí y del ahora, estemos perdiendo la posibilidad de habitar el presente y, en consecuencia, estemos permitiendo que el hombre divague, que se pierda en la dialéctica del tiempo y que, como lo cita el dadaísta Arango, ande perdido por no querer buscar, por negarse ese derecho. ¿Si eso es el hombre, qué es el hombre? Diremos, en consonancia con Pandora, que el hombre, pese a cualquier olvido de humanidad y pese a lo que se diga, es un ser para resistir en la esperanza”.

Está en el destino del filósofo, nos aclara Miguel, “no conformarse con el mito ni acomodarse en las sombras de los espantos”.

El mundo no es sólo reproducción, como pretenden los poderes, la técnica, los medios, la ciencia, es también —tal es la enseñanza de estos diálogos con el tiempo— creación, de mundos posibles, de lenguajes, de utopías.

Para Miguel la enseñanza requiere una didáctica del perdón, aunque no se trata de perdonar para promover el olvido:

“...sino para aliviar el dolor y desmoronar los deseos de venganza y, a lo mejor, la única venganza posible, y en algo plausible, sería la de afrontar los olvidos.”

En aquella didáctica, una política nocturna busca politizar el mundo a través de una educación de la noche, de una esperanza sin luz ni iluminaciones, puesto que lo diurno, la claridad fracasó e hizo estragos al presente.

Ciencia nocturna cuyo fin es el deseo de vida, la invención o la creación. Su medio es la narrativa, la poesía, el humor, las sensaciones, sin duda también la ironía —como pretende Rorty—, para quien la filosofía ironista no es otra cosa que una de las grandes tradiciones literarias de la modernidad, cuya utilidad política está más cerca del relato que de la ciencia positiva.

Finalmente, la enseñanza que propone estos diálogos tiene su táctica, que es la del amor: “Sin muchas objeciones, enseñar es hacerse inolvidable para el corazón del alguien”.

Lección sublime para una filosofía de la educación; también para una política y una ética del sujeto que no se acostumbra al desierto —como quería Arendt— y aún cree en las utopías libertarias.

Más allá de ello, lo mejor de estos diálogos está en el estilo de su escritura, en su impronta inventiva, en la creación de lenguaje, que permiten describir el presente con

los términos del poeta, del filósofo, del humanista, e imaginar nuevas realidades, nuevos mundos posibles.

**Eduardo de la Vega Ph. D. en psicología**

Docente e investigador Universidad del  
Rosario, Argentina



Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## La angustia de la pregunta

Altazor, ¿por qué perdiste tu primera serenidad? ¿Qué ángel malo se paró en la puerta de tu sonrisa con la espada en la mano? ¿Quién sembró la angustia en las llanuras de tus ojos como el adorno de un dios? ¿Por qué un día de repente sentiste el terror de ser? **Vicente Huidobro.**

El terror de ser ante la angustia de la pregunta, por la amenaza de la espada interrogadora, eso es lo que conmociona a nuestro poeta chileno Huidobro, la respuesta será inferior al deseo de preguntar y el deseo de saber inferior a la vida. Ni más ni menos, otra forma de vacío que desencadena una dificultad filosófica o metafísica, pero ante todo una dificultad existencial, perder la primera serenidad por ceder al capricho del interrogarse. El vacío se nos acomodó cuando empezamos a inquirir a los dioses y a cambio encontramos evasivas o respuestas poco convincentes, ya no olfateaban nuestros pensamientos, por tanto, dejaron de ser nuestro punto de llegada; para desgracia o, mejor, ventura del hombre, al no contentarnos con las replicas de las deidades

hizo que ascendiera la incomodidad del ser e iniciara sus propias búsquedas, sus propias angustias, entonces, se perdió la primera serenidad, para siempre se perdió ese primer paraíso, eso parece, ya que lo primero no vuelve a repetirse.

Hay una brecha entre lo que sabemos y lo que podemos saber, hay un vacío, acaso, infinito. Al vacío se le han asignado muchas acepciones, definiciones que lo limitan, la más interesante es que en el vacío nada existe y, por lo cual, nada es posible. Estar vacío de conocimientos o vacío de esperanzas es arriesgar a la nada. Viene del latín *vacicus* que se traduce en ausencia de materia en un espacio, el no contenido dentro de una cavidad. El vacío nos convoca a querer llenarlo, a fijarle materia o al menos ideas que le vayan dando forma, error extendido que la humanidad no ha sabido como superar. Natura teme al vacío expuso el biólogo de Estagira. Los paisajes del vacío en un resistir en esperanza son unos acercamientos por aquello que configura la relación del hombre con el tiempo, la indiferencia del presente, los olvidos de futuro y los desesperos de modernidad, sin que ello implique un desalojo de esperanzas.

Lo común de estos temas es el vacío de esperanza, un requisitorio por la ausencia de sujeto, de humanidad y casi que de dignidad; hay una carencia de ideas para afrontar la desesperanza aprendida, tal vez, una razón mimética,

problema que no es menor, a veces, hay carencia de saber resistir, hay una industria cultural, económica, científica, religiosa, económica, militar y educativa que nos desespera, que nos exaspera. El lleno del vacío, ficticio y perverso, viene dado por las exuberancias o exigencias económicas, por la necesidad de homogenizar o someter y por la poca capacidad de respuesta que la sociedad va teniendo de cara a los grandes debates de la época; alguna neurosis política, social, económica, religiosa o educativa nos desgarran, nos torna mudos.

Los paisajes del vacío, precariedades que desgarran, son acercamientos a lo que desespera a la modernidad, a la indiferencia al presente o al futuro como tiempos de enajenación, coyunturas que no se han logrado superar o siquiera denunciar, ahí la injusticia también es ajena, es extranjera. El abordar los vacíos de esperanza no es para llenar recipientes sino para abrir horizontes donde el paisaje y el vacío se integren al devenir del sujeto quien, acudiendo a Aristóteles, podría volver a recordar que la esperanza es el sueño del hombre despierto.

A lo que parece, en cada siglo se asiste a unos olvidos de humanidad que conllevan al anuncio de la muerte del arte, de las teorías, del amor, de la vida, de los movimientos sociales, de los ambientes naturales o al fin de la historia si se

quiere. Ahora, asistir a esas muertes es asomarse al abismo, pero también a la esperanza puesto que toda muerte es el nacimiento de un fantasma de renovación que si no es develado, puede llevar implícito aromas de traición. Cada vez que asistimos a otras muertes nos vamos acercando a nuestra propia muerte, quizás, llenos de nostalgias es que hemos aprendido a inventar fantasmas para vivir con sus sombras, es como si el olvido fuese infinitamente superior a la capacidad de recordar, a la posibilidad de estar, por eso nos ilusiona la memoria como una posibilidad de resistir en esperanza.

La tradición nos muestra que los horizontes del vacío y sus perspectivas frente a las llenuras de la educación, de la democracia o del poder, no son claros, puesto que pocas veces distinguen los males que se padecen, bien sea por arrojarse en el extremo de la ignorancia o en el de la sapiencia. Por alguna razón, económica-política-poder, no tenemos medios para que nos medien la verdad oculta sino para que nos oculten la verdad, dejaron de ser el medium que, en un momento, se comprendió como aquella persona que transmitía los fenómenos ocultos o paranormales, es decir, se adelantaba al tiempo leyendo los hechos del pasado, ahora no tenemos médium de ese tipo, sólo tenemos vendedores de escándalos; esperemos en la resistencia la edición de lo que alguna vez fue el médium.

Lo que no podemos olvidar es que si no encontramos las palabras para describir y salir del círculo, es probable que las alternativas no emerjan de las sombras de aquello que no ha sido nombrado o avistado con el lenguaje. ¿Cómo enfrentar el poder si éste reside en el lenguaje? Va siendo categórico, en el lenguaje reside la humanidad, en el lenguaje habitan los dioses y los fantasmas; en la gramática, occidental básicamente, reside la necesidad de llenar lo vacío y sabemos que, en la antigüedad se llenó con deidades; en la actualidad el vacío se suele llenar con palabras falaces que puede ser peor.

Desde el punto de vista de quien observa se encuentran posibilidades de comprenderse en horizontes soñados, ficticios, psicológicos, geográficos, políticos, religiosos, económicos, científicos, educativos y ambientales o de lo contrario adentrarse en horizontes del vacío porque nada de lo dado le satisface, tal vez, le agrade, cuando nada nos complace, se puede caer en la anhedonía o incapacidad para experimentar el placer, ese no querer vivir más, una suerte de olvido del placer que se confronta con un resistir en la esperanza, con un aprender a dialogar con el tiempo y con los hombres de todas las épocas.

En efecto, para no sentir de repente, como nos dice Huidobro, el terror de ser, el vacío de horizontes, de paisajes,

en una insatisfacción creciente, pero ante todo el terror de ser inferiores a la época, al momento de humanidad o inhumanidad en que hemos y seguimos transitando, estamos en urgencias de pensarnos y escribirnos, no para diferenciar sino para componer y diseñar el futuro que queremos, mas no para aceptar a secas lo que nos imponen: nuestra llenura es cuando nos bastamos con aquello que nos ofrece la colonia o nos hartamos en nuestros círculos devastados que no permiten imaginar una resistencia en la esperanza.

La modernidad, cual engendro capitalista, nos volvió a vender el cielo y la eternidad, pero en su olvido de humanidad ofreció el progreso y la felicidad como fines últimos y, claro, eso son promesas que nadie puede cumplir, así a cualquier banquero, no faltará, nos quiera cobrar las esperanzas en efectivo o en módicos plazos. Pese a los sueños de la modernidad de progresar en paz, tanto la guerra como la intolerancia pasaron a ser los mejores dominios del hombre, se institucionalizaron, de alguna manera, y que no es fácil de explicar, progresó la violencia mas no la felicidad, progresó la indolencia mas no la humanización.

Dialogar con el tiempo para rasgar la modernidad, es rasgar su llenura política, su ampulosidad económica, su dogmatismo religioso, su filosofía sin carácter, su tiempo simultáneo aunque empobrecido y a la técnica y su madre la

ciencia que, reemplazando a los antiguos dioses, entró en la llenura del lenguaje para desalojar al sujeto hasta de la metafísica y así darle paso a un tenebroso olvido de humanidad; ahora, como nunca, es más que necesaria una resistencia en esperanza o una esperanza resistida a creer que no tenemos alternativa.

Por fortuna, nos advierte Proust que la creación del mundo no ha tenido lugar de una vez para siempre, tiene lugar necesariamente cada día. Este es un llamado a resistir en esperanza, así no sepamos cómo ni tengamos senderos si tendremos que platicar largo y tendido con el tiempo. El tiempo siempre es joven y el ser humano aún esperanza, así algunos utilitaristas, que en todas las disciplinas las hay, lo que quieran pasar de moda.

## **Desgarraduras del tiempo**

El tiempo nos ha desgarrado, casi que sometido a sus instancias; cualquier esfuerzo parece vano ante la desgarradura, ante la herida que el tiempo nos deja, pero de pronto emerge la potencia humana de rebelarse, de afrontarlo en sus tres estados lineales de pasado, presente y futuro, que si seguimos no a San Agustín sino a cierta ecuación

matemática podría verse en presente del pasado, presente del presente y presente del futuro; pasado del pasado, pasado del presente y pasado del futuro o futuro del pasado, futuro del presente y futuro del futuro; todas son movibilidades que implican al espacio, rebelándose, de alguna manera, a estar en un tiempo desesperanzado. Es célebre cuando Einstein dijo “La gente como nosotros que cree en la física, sabe que la distribución entre pasado presente y futuro es tan sólo una persistente y testaruda ilusión”; de ahí que la concepción antigua de los griegos en aión o tiempo psicológico, chrónos o transcurso lineal y kairós o momento oportuno, en algo se parecían a la propuesta de Einstein, superaban la flecha pasado, presente, futuro; por ello el pensador Julián Serna expone: “el tiempo se dice de muchas maneras”, tal vez, Julián quiere darnos, no una, sino muchas esperanzas.

El tiempo es más que sincronía, hay que comprenderlo en el chrónos, aión, kairós y akairós. El chrónos, tiempo lineal o industrial, el que nos entregan los relojes, las agendas; el aión —Αἰών—, tiempo subjetivo o el eterno estar y retornar, el tiempo del placer y del deseo donde no hay relojes, también conocido como el eterno tiempo de los dioses; el kairós, tiempo plural, aquel que se bifurca y reconfigura en cada decisión que el hombre adopta, tiempo oportuno, múltiple o del hombre, es el demonio fugaz que surge como inspiración,

es un instante, es un tiempo y lugar a la vez, es un tiempo que siempre llega y siempre se va, es el presente justo; el no llegar a tiempo es el akairós, llegar a destiempo por exceso de prontitud o por exceso de tardanza.

Desgarrar el tiempo, devastarle sus capas hasta llegar al centro del mismo donde el tiempo se diluye en el tiempo para extraer de él las realidades que hemos venido velando es un ejercicio demoledor, pero esperanzador; desgarrar el tiempo, no visto en etéreo sino como algo, como cosa, es una metáfora de lo que debe sucederle a un intelectual que hasta no desgarrarse no viajará al centro o al extremo de sus contradicciones, para que a partir de allí se encuentre con la esencia de la humanidad que le permita potenciar la vida, que le permita comprenderse en el tiempo del hombre o aión y así desencadenarse en el tiempo bifurcado y azaroso del kairós, donde moran todas las posibilidades que un tiempo vegetal pretende negar. Por eso la esperanza, como categoría de tiempo, algo nos promete, algo nos seduce, nos ilusiona con un presente potencial sino mejor si diferente.

## **Desesperos de modernidad**

Los desesperos de modernidad, que no son pocos, corresponden a las deudas heredadas de una época que se niega a desaparecer, a una época que porfía en quedarse; a tal efecto, preguntarle a la modernidad por sus logros, por sus fracasos, por sus fragmentaciones, por las precariedades, por las promesas que vendió y las nostalgias que dejó, por sus miedos de relevo y lugares de migración, es lanzarle una flecha a la manzana, donde el ballestero no es Guillermo Tell, pero el blanco sí podría ser la humanidad.

Los desesperos de la modernidad son los males cultivados durante varios siglos que han desatado un desencanto, arrastrando un pesimismo no solo hacia la historia sino hacia lo que pueda devenir para la humanidad o para el universo en general. Sin lugar a dudas, en la modernidad se avanzó en desarrollos tecnológicos, en algunos derechos del hombre, en conocimientos sobre el universo, en adelantos médicos, en habilidades para controlar, pero también se especializaron los métodos para asesinar, se incorporaron nuevos elementos para atizar el odio y pocas fórmulas para vivir la felicidad o para estar con el otro; ahí reside el desespero.

La levedad del Ser como inconsistencia de la existencia es lo que aflora en la modernidad, una época donde el hombre aprendió a ser exitoso a expensas de la dicha, queriendo deificarse en sí, se tornó menos humano, quizá, menos inteligente para vivir, pero más técnico, más científico para odiar y, por consiguiente, para destruir.

## **Engaños y desencantos**

Vivimos tiempos de desencanto y de  
desilusión. Pablo Gentili.

El engaño, el desencanto son los primeros anuncios de que lo existente ya no resuelve las necesidades, no colma las expectativas, por tanto, el desencanto es una exigencia por un devenir diferente que añora romper con aquello que en el presente incomoda y, en consecuencia, no lo queremos en el futuro; quizás, por ello, es que este pensador argentino, autor del texto *Desencanto y utopía*, insiste en la desilusión y el desencanto por unos tiempos que no parecen augurar rutas de esperanza. Es una queja contra los tiempos agendados o agenciados por el afuera, por un tiempo cronológico que nos venden las empresas del mercado y del cual existe cierto

hábito de aceptación, en esencia, son unos tiempos precarios de humanidad.

Engaño es una mentira que se hace pasar por verdad. Del latín *ingannare*, enredar a uno con charlatanería o burlarse. En su opuesto navega el desengaño.

El encanto, que es un arrobamiento de los sentidos y, cómo no, de la razón. Encantar tiene su origen en el latín *incantare* que es la recitación de un canto mágico; ese canto mágico que puede ser un poema u otro juego lingüístico. El encantamiento apareció en mitos y religiones; es un amor sin desviar miradas, es un creer con ceguera en aquello que se profesa o se disfruta, el encantamiento es una fuerza opresora del afuera que habita en lo interno y obnubila. Una flor encanta, un rayo de luz o la caricia de aquel ser querido nos puede retraer, ahí los sentidos enfilan su atención en una dirección; pero cuando se hace un extravío de la mirada, de la escucha, del olfato, del gusto o del tacto, entonces pueden asomar los desencantos que luego se van fortaleciendo con argumentos o juegos de la razón.

Hay desencanto porque hay cierta perversidad en el ser humano, porque los elaborados discursos en lugar de liberar oprimen, porque el hombre aprendió a ser cicatero y bastante desleal, cicatero para con la paz, para con la igualdad y desleal no sólo con el amigo, sino que muchas veces consigo

mismo. El desencanto por la modernidad es visible cuando se hace una mirada a los Derechos Humanos, a la trata de personas, a la pobreza, al tráfico de armas, a la venta de estupefacientes, a la comercialización de especies silvestres y a la indolencia aprendida. Esto nos muestra que el ser humano, aún el que ha pasado por las academias, tuvo y tiene cierta perversidad o ansias de destrucción que la modernidad, con su avisada educación, con su esperada erudición no logró resolver.

La modernidad como opción crítica o como destrucción creadora parodiando a Touraine, pasa a convertirse en racionalidad, en instrumentalización, sin que la crítica la afecte, por consecuencia, se hizo inmune, recia, sorda a las quejas y ciega a las evidencias, tal vez, ajusticiadora sin ser justa. Es evidente que el desencanto de la sociedad, cada vez mayor, fuerza la necesidad de emigrar a otro movimiento, a otro espacio y, con alguna ambición, a otra época.

### **Pesimismos ¿Políticas?**

Sobre los pesimismos se han redactado manuales completos, el apocalipsis es un libro poco optimista por la humanidad, o mejor, por aquellos que, aducen, estar siendo

intérpretes del creador del universo, es sí un libro afortunado para mantener un dogma a base de meter miedo; el dogma de la salvación se hace ver implacable, el final de los tiempos serán terribles para quienes no se ajusten al credo religioso. No son escasos los textos que, plenos de pesimismo, han hecho a sus escritores unas auténticas figuras de los medios de información. En la política moderna, primero se muestra un panorama desolador y luego se presenta todo un programa para afrontarlo, aprendieron la lección de asustar para vender; es claro, el pesimismo es un negocio rentable, por ello las compañías de seguros y otros engendros que se presentan como salvadores frente al panorama de riesgos que pueden acaecer. Ya nos creímos aquella palabrería de que somos la sociedad del riesgo, libros nos vendieron y nos seguirán vendiendo literatura sobre el tema, por suerte, herencia de Pandora, la esperanza ronda en alguna parte.

Sí, en el riesgo mora cierto escepticismo, cierto temor que puede precipitar pesimismo si no hay una esperanza que se resista. Pesimismo viene de pésimo y éste del latín *pessimus* que traduce malo o que no puede ser peor; es el estado final de lo que en sí no tiene término medio; así las cosas para un pesimista si es posible que todo vaya de peor en peor. Se pueden hacer algunas distinciones que elaboradas desde la academia o desde la vida cotidiana entregan

interesantes apuestas por lo que el pesimismo describe o convoca.

- Un pesimista es un sujeto que lee el futuro.
- En todo pesimista duerme la esperanza.
- Ser pesimista es no dejarse atrapar por cantos de sirena.
- Ser pesimista es romper los esquemas de la modernidad.
- El pesimista es el polo a tierra del idealista. Pesimista es un optimista realista.
- El pesimista es un optimista bien in-formado.
- El pesimista es un optimista que se cansó de serlo. El pesimista es un optimista experimentado. El pesimismo nace del miedo a la alegría.
- El pesimismo son las sábanas de la humanidad. Cuando se cree que las cosas van bien es porque algo se ha olvidado, dice el pesimista.
- No tome tan en serio la vida, no es permanente, aclara un pesimista.
- El pesimista cree en los buenos gobiernos de los gobernantes malos.
- Un pesimista es un sujeto que dejó de ser inocente.

Al optimismo también le aparecen expresiones significativas:

- El optimista tiene un proyecto, el pesimista una excusa.
- El optimista cree en los demás, el pesimista sólo en sí mismo.
- El optimista es parte de la respuesta, el pesimista es parte del problema.
- El optimista ve luz en la oscuridad, el pesimista oscuridad en la luz.

- El optimista es alguien que le juega a las utopías.
- El optimista es una persona rodeada de grandes esperanzas y es esperanzador en sí.

Pesimismo u optimismo son estados de ánimo, pero las épocas están impregnadas de estados de ánimo, incluso, la historia es relatada según las motivaciones y las animosidades que se tengan, las derrotas o triunfos se narran según el lado donde el narrador se encuentre, según su estado de ánimo; pese a tantos relatos heroicos, los triunfos de la modernidad son más bien pocos, por no indicar, pírricos, por lo cual, su estado de ánimo viene a menos e, incluso, luce agotado. Explica Touraine (1994, p. 93) que “La fuerza liberadora de la modernidad se agota a medida que ésta triunfa. Apelar a la luz puede conmover cuando el mundo está sumido en la oscuridad de la ignorancia, en el aislamiento y en la esclavitud”. La luz como sinónimo de razón, de imagen divina o de salida, cada vez va perdiendo más credibilidad. ¿Es el pesimismo luz? Una exasperación de la modernidad es que su fuerza liberadora se agotó, se quedó sin luz, las estéticas que proponía fueron inferiores a las tecnologías del desplazamiento, a las tecnologías de las palabras con que se propusieron; lo espantoso es que le falta gallardía para reconocerlo, por ello le preocupa el nacimiento de otra época cuya energía de

emancipación también tendrá su punto final; el neoscurantismo extiende sus sombras, expele sus aromas, sonidos e imágenes que la modernidad no sabe afrontar. ¿Son inevitables los ciclos —nacer, extender y fenecer— en las épocas? En biología la respuesta puede ser consecuente con la pregunta, desde el Kairós o tiempo múltiple otras objeciones nos visitarían. Para los presocráticos el tiempo no era lineal o cronológico, era simplemente plural, abierto, diacrónico y sorpresivo; lo componía el chrónos que dictaban los almanaques y relojes, el aión o tiempo psicológico y el kairós o tiempo oportuno, tiempo del hombre; el no ser oportuno era akairós que no implicaba un abandono del chrónos. El tiempo, que en algún momento de la humanidad fue considerado múltiple, de pronto, se convirtió en un transcurrir lineal, se personalizó en la crónica, dejó de ser sorpresivo, se simplificó para su comprensión, pero ello expropió al hombre de la riqueza para habitar, para comprender el tiempo y, tal vez, para vivir. El pesimismo como política de los poderes es un medio para ejercer control, cuyo lema es el miedo a la incertidumbre; esto porque comercializar con el miedo es una política, el miedo es la religión del poder.

## **Control, miedos, incertidumbres**

A ratos perdida, la modernidad sólo se comprendió en el control, en la oferta apolínea del estar consciente, en el conocerse a sí mismo y del no demasiado como una suerte de herencia helénica en palabras de Nietzsche, que hizo de la modernidad el tiempo del control; por tanto, aquello que representa incertidumbre, inseguridad, desorden, caos o complejidad es para el hombre moderno un auténtico problema que se dispersa en miedos de todo tipo, miedo a la revolución, miedo al proletario, miedo a lo dionisiaco y su inconsciencia, miedo a lo deforme, miedo a lo oscuro y, ante todo, miedo a ver sujetos autónomos, miedo a lo dionisiaco y sus carcajadas en oposición a lo apolíneo que le teme a la risa; tratar de controlar lo disoluto fue para la modernidad su gran lema, como lema de Comte es “Conocer para predecir y predecir para controlar” lo que sintetiza mejor que nada los sueños y el hambre de la modernidad. Gracias a Comte, no es el único, la ciencia social enseñó que el conocimiento es útil porque permite controlar, ejercer un dominio y, tal vez peor, los deseos de universalizar verdades sin restricciones ni miramientos éticos. Aún en pleno siglo XXI se habla de que tiene el poder, o sea el control, quien tiene el conocimiento; la incertidumbre es una teoría de la física, es un tema de aula, un discurso profesoral, a veces,

fallido, pero no un estilo de vida para la modernidad porque en el centro de su acción aparece la pugna por el control, por el poder.

La religión, sin ser ciencia, se consolidó como sistema de control, de ella más que de cualquier otra teoría aprendieron las instituciones que se fueron forjando en los últimos lustros. Aquel señor o dios que todo lo veía y vigilaba, posible invento de las religiones, pasó en versión mejorada a los sistemas sociales, —recordar el panóptico de Bentham, lugares de encierro diseñados para la vigilancia y control—. Aquel ojo dominante de dominio y control, de los dioses pasó a reyes o monarcas y luego se positivó en las constituciones como sistemas que todo lo podían controlar en nombre del soberano: el pueblo.

Ni se discute que en el pososcurantismo aprendimos mejor, nos especializamos en vigilarnos los unos a los otros con la autoridad que da mutua desconfianza; sin embargo, no contentos con ello, se fortalecieron instituciones de vigilancia como los militares, las policías, los sistemas financieros, los sistemas de comunicaciones, los sistemas educativos, las notarías, los hospitales, los cementerios, las registradurías o incluso centros comerciales; todos ellos y, según sean las circunstancias, se comparten información; sin excepción, interesa tener mayor conocimiento del estudiante, del

prestamista, del usuario de un equipo de comunicación o del futuro comprador, para así vigilarlo, controlarlo para después venderle su propia miseria. Esos son los rezagos que esta modernidad en decadencia fortalece, sus desesperos saltan cuando no hay suficiente información de un sujeto, las alarmas se disparan y hasta de terroristas son tratados; el secreto es que nadie tenga secretos; el truco es que quien vigila es vigilado. El caso es que cinco siglos de modernidad no han sido suficientes porque el miedo a la incertidumbre sigue ocupando un amplio espectro en la humanidad.

## **La ciudad**

La ciudad constituyó una forma moderna de libertad, pero también de control, ahí, pese a un desorden dentro del orden, es donde mejor se establecen formas de autonomía de los ciudadanos. Nos indica Ezra (1999, p. 21) que “Nadie duda de que la gran ciudad es un espacio de anonimato y de desarraigados: pero también, y quizá por eso, de libertad y de cosmopolitismo”. La ciudad, es donde mejor se expresa la época moderna por la capacidad de concentración humana y, quizás, por ser el lugar predilecto para visualizar las transformaciones sociales; con voluntad o sin ella, a las urbes les subyacen unos desesperos de sus letargos y una enorme

incertidumbre del porvenir; es visible la dificultad, cada vez mayor, de lograrse algunos controles sobre los ciudadanos; esa falta de control es lo que menos le agrada a la modernidad, puesto que su máximo esplendor ha rondado en el control, en la vigilancia, en el dominio y, cuando no, en el sometimiento, resulta que para su mala gana, la ciudad se le escapa a ese cerco.

Para Ezra la ciudad no sólo exhibe un orden natural y espacial característico sino también un nuevo orden moral. Se puede deducir que ese orden moral cada vez es más plástico, menos previsible, por lo tanto, esos cambios que siempre convulsionan a los grupos sociales ya no son sólo desasosiegos sino que pasan a ser gritos de modernidad, gritos de incapacidad para predecir lo que en moral, estética, política o ciencia devendrá.

## **Desesperos**

El desespero como estado anímico es alimentado por múltiples presencias externas e internas, por dificultades cuyo horizonte de resolución no siempre son evidentes. Los psicólogos saben que el desespero es un desajuste de

emotividad que puede alterar la toma de decisiones. Recordemos que desespero viene del latín desesperar que es una pérdida de esperanza y la esperanza es una categoría de tiempo, en la esperanza esperamos, por lo cual si alguien entra en desespero es porque la esperanza no está a la vista o la oferta de horizonte es casi impracticable, no se intuye un tiempo mejor frente al drama de estar juntos, o frente al dramatismo de la promesa incumplida.

### **Soledades del sujeto**

Parece que la progresión es inversa, mientras más población mayor soledad del sujeto. Se estimula la acción social al cabo que se suprime la subjetividad en una especie de sujeto colectivo que tampoco alcanza a representar al ser, cada vez somos más individuos que sujetos expresa la psicología social. Un recelo epocal es que ni se consolidó el sujeto ni la sociedad se cohesionó en la idea, no tan ingenua ni desinteresada, de progreso, el mito no cohesionó. A la idea de un sujeto autónomo le aparecen sombras, su despedida temprana, un relevo venido de la ciencia positiva, de la política y de las clases económicas dominantes que al no ver sujetos sino objetos empezaron a despedir la posibilidad de una

humanidad humanizada para fortalecer la idea de un individuo aislado y temeroso del otro e incluso de sí, un individuo que siendo indiviso se deshumaniza en su soledad, se despide de sí.

### **Prosperidad del mercado**

Una exagerada prosperidad de los capitales siguió polarizando a las comunidades, entre mayor dinero y flujo de capitales mayor número de pobres, a mayor riqueza, más abandono social. Es dramática la advertencia de Galeano cuando nos advierte que “Cuanta más libertad se otorga a los negocios, más cárceles se hace necesario construir para quienes padecen los negocios”. Más dinero no implica mayor felicidad. Esos desajustes no los resolvió la modernidad, a lo mejor, ni le interesó; se necesitan cárceles y gentes para poblarlas en nombre de la prosperidad económica.

### **Repudio a lo antiguo**

Una ciega creencia en el futuro que, en el fondo, lo niega; un ausentismo de presente y un repudio a lo antiguo,

termina definiendo al sujeto como un ser en el tiempo, pero sin ubicación temporal, sin tiempo y sin historia; pese a estar dentro del tiempo ya no sabe estar en el tiempo en unas forzadas evasiones de realidad temporal o de la llamada cuarta dimensión. Recordemos que a las tres dimensiones espaciales, largo, ancho y profundo le emerge una cuarta dimensión venida desde la física, que es la temporal. El repudio a lo antiguo es una pereza a la historia, quizá, un sueño por un futuro que no se parezca a su pasado.

### **Abandono religioso**

Es polémico abordar esta dimensión, pero el abandono religioso ha significado para el grueso de la sociedad que, sin elementos académicos para soportar su existencia, decide tener un dios, pero no una religión; una extraña relación de dependencia metafísica sin intervención del reino físico. Aún no sabemos qué sociedad se gestará, pero uno de los desesperos de la modernidad es que la sociedad no ha logrado desprenderse de los dioses, pero sí bastante de las religiones. A las religiones, pero ante todo a los cristianos, les puede servir de reflexión la pintura de Velásquez como Unamuno (1985: 73) refiere “El Cristo de Velásquez está siempre muriéndose sin

morir nunca”. La religión muere sin morir nunca porque para ello está la ciencia que acude a su relevo; aunque se podría aplicar lo que grafica Tertuliano, y sepultado resucitó: es cierto porque es imposible. Entonces, acá a las religiones les cabe la misma posibilidad, el abandono se está dando, y la certeza de esto se establece por su aparente imposibilidad. Un punto de acercamiento lo resalta Chhaya al escribir que “La ciencia y la religión convergen de muchas maneras. Sólo tenemos que buscar los puntos en común”. El eje entre religión y ciencia es la lucha por la verdad, una pugna por la idea de universalidad y por la necesidad de control; pero al cabo que las religiones pierden espacio, la ciencia, en singular, se va apoderando de verdades que antes eran exclusivas de la religión o de la especulación filosófica; otra suerte de religión aunque sin dios.

### **Promesas incumplidas**

La alfarería de la palabra o la orfebrería del lenguaje no lograron resolver el exceso de promesas que dieron paso a las metafísicas de la violencia. Políticos, estadistas, economistas, religiosos, educadores e ingenieros de la tecnología prometieron una sociedad más feliz y menos

dramática, pero sus logros no parecen ser significativos o si lo son no siempre apuntan a resolver las precariedades sociales. Algunos datos nos suministra Honneth con su texto *Patologías de la razón*, al indicar cómo la teoría crítica ha enjuiciado a la razón, Horkheimer que habla de la organización irracional de la sociedad, Adorno del mundo administrado, Marcuse de la sociedad unidimensional o tolerancia represiva y Habermas de la colonización del mundo de la vida social. Es indudable que ese enjuiciamiento a la razón que hacen estos pensadores alertan sobre una de las grandes apuestas de la modernidad, le recriminan las promesas de libertad y de progreso infinito que se vendieron, pero que, a la postre, desencadenaron en más acciones de control y de colonización social, quedando así el ofrecimiento de ir para lo mejor como una falacia más de la razón.

### **Sospechar de la verdad**

Hay verdades que mueren con el ocaso del sol, mueren en su idea de universalidad, nos insiste Nietzsche (2004, p. 191) al revelar que “Esta voluntad incondicionada de verdad: ¿qué es? ¿Es la voluntad de no dejarse engañar? ¿Es

la voluntad de no engañar?”. Sin lugar a dudas, estos cuestionamientos son los que mejor resuelven, sin resolver nada; la edad media poco sospechó de la verdad que promovían las religiones o los imperios, pero la modernidad, hija de un pasado indigno a decir de muchos historiadores —discusión que aún no se cierra—, rapó para sí la verdad de la religión y se la entregó a la ciencia. En este neoscurantismo se sospecha de toda verdad, para seguir buscando verdades.

### **Descreimiento de lo que convoca el concepto patria**

Patria viene de patricio, de padre, por tanto es una modelación masculina, por ello, algunos proponen matria, pro el don de la vida y su capacidad de cobijar, de ayudar, de emocionar.

El convencimiento de que las banderas, himnos y escudos eran emblemas suficientes para movilizar un país entero pasó a ser un espejismo; incluso, en los últimos decenios del siglo XX y lo que va del XXI para ir a la guerra se deben cancelar salarios a los soldados que, a veces, supera a los de muchas otras profesiones. Citando a Durell en Baltazar, nos recuerda Escobar (2000, p. 5) que “Es obligación de todo patriota odiar a su país de una manera creadora”. Descreer de

la patria, llegar a odiarla para no ir a guerras innecesarias podría ser la estocada final a los rezagos de una época que en su desgarró aún se niega a ser relevada. Enfrentamos un falso nacionalismo, cuándo no lo habrá sido, con la aparición de justicieros universales que quieren resolver las crisis políticas o religiosas de otros territorios a través de las armas.

### **La justicia despistada**

Si deudas posee la modernidad, bastante tiene con la justicia; varias razones apoyan el concepto, uno, la universidad se consolidó como proyecto de humanidad, se establecieron Facultades de Derecho, de Educación, de Filosofía, de Antropología, de Sociología y otras que, en algún sentido, tienen que ver con la justicia, pero la justicia siguió perdida y, a veces, más perdida en la modernidad que en otras épocas; dos, la idea de los Derechos Humanos se trasladaron a las diferentes constituciones y normatividades internas, pero la justicia siguió dando palos de ciego para enjuiciar a los violadores de los Derechos del Hombre, cuándo no, ella misma se tornó en violentadora; tres, aumentaron los flujos de capitales, pero los pobres siguieron en la miseria; cuatro, las normas se fueron ajustando a los intereses y poderes del

momento, eso ha dejado al sistema de justicia huérfano, casi desdentado frente a los grandes poderes político- económicos; cinco, la criminalidad aprendió a burlarse de la justicia, tal vez, por problemas de eficiencia del personal jurisdiccional, impunidad, prevaricato y la denegación de justicia; ahora, como consecuencia de ello, mucha gente decidió y decide hacer justicia por mano propia.

Al cadáver insepulto de la modernidad se le puede adosar cierta desesperanza por la vida útil del planeta; al notarse que el sistema solar no es eterno ni el único, al hombre le podría aquejar un desespero, desespero que también afectó a la modernidad, el recelo de universalidad e incluso de eternidad que tiene sus rastros en las filosofías y en las religiones, de ello Cassirer (1967, p. 18) advierte que “El hombre propende siempre a considerar el estrecho horizonte en el que vive como el centro del universo y a convertir su vida particular y privada en pauta del universo; pero tiene que renunciar a esta vana pretensión, a esta mezquina y provinciana manera de pensar y juzgar”. La pretensión de que nuestros actos son universales o globales, pero que debemos luchar contra la globalización es un contrasentido sin resolver, quizás, el más desesperado de los gritos de la madre de la posmodernidad es que aún quiere insistir en su universalidad.

La modernidad ha tolerado varias clasificaciones o denominaciones que son desesperos por comprenderla, por describirla y por visionar lo que ha de continuar. Modernidad industrial, modernidad reflexiva o del riesgo; modernidad líquida, modernidad epistémico compleja, globalización, posmodernidad, descentrada modernidad, modernidad periférica, subalternidad o poscolianailidad son apenas unos rasgos de lo que dicha época encierra, pero que no necesariamente la describe; quizá, su rostro, su faceta, su semblante o su espíritu aún no se ha podido comprender. Más dramático se torna cuando Latour expone que nunca fuimos modernos, que no hemos hecho una ruptura del tiempo o de los acontecimientos como para hablar de modernidad. De inmediato insiste Latour (2007: 27) que “La modernidad tiene tantos sentidos como pensadores o periodistas hay... moderno, por lo tanto, es asimétrico dos veces: designa un quiebre en el pasaje regular del tiempo, y un combate en el que hay vencedores y vencidos”. Es clara la deuda por tratar de comprender la modernidad, su momento de ruptura, si es que lo tuvo y la idea religioso-militar de ganadores y perdedores. Entonces, si no hay modernidad, ¿De qué desesperos se puede escribir? A lo mejor, del desespero de no reconocerse en su falsa designación lingüística y en la desmesura del lenguaje; por fortuna, Serna (2007, p. 17) nos advierte al referir

que “En definitiva, la palabra es coqueta y sugiere más de lo que dice”. Aspiración, digna si se quiere, es que la modernidad en su desespero nos responda o aclare algo sobre la palabra falocracia y lo que ella ha convocado o negado.

### **Falocracia, dedocracia**

El predominio del hombre sobre la mujer, la tiranía que sobre ella se ha ejercido en la historia de la humanidad constituye otro desespero del pososcurantismo, herencia religiosa, militar y económica sin superar. Hay una especie de crisis en dichas relaciones de género, una lucha que apenas se va consolidando, donde la mujer reclama su lugar, y cuándo no lo extrae de las garras del hombre, esas exigencias vienen causando sentidos comentarios o incluso acciones de fuerza.

La caída de la falocracia, de ahí la dedocracia y el ascenso de la ginecocracia corresponde a los más sonados gritos de la posmodernidad tardía que van pareciendo de posmodernidad, aunque hay ejemplos de ginecocracia en sociedades primitivas las connotaciones de este ascenso de la mujer en el tercer milenio adquiere otros sentidos, otras dinámicas que aún no alcanzamos a comprender.

Unos movimientos feministas a mediados del siglo XX, pero que también sucedieron en siglos anteriores, van teniendo potencia y forma en pleno siglo XXI. Las mujeres del tercer y primer mundo, —de países desarrollados y países emergentes—, han corrido dos suertes diferentes, mientras las del primer mundo han logrado soltar las amarras, las de los países emergentes sí que han padecido esa estratificación; por suerte, las mujeres vienen levantando sus figuras para decirle al hombre no con palabras sino con hechos que el relevo del macho en su papel protagónico en la tierra va siendo una realidad, auspiciado, de una parte, por la precariedad machista de comprender el mundo y, por la otra, por la decisión de la mujer de reclamar su espacio; es como si se hubiese agotado el discurso y la acción de la falocracia que va siendo otro desespero de una época que se revuelve en sus entrañas.

En la mujer descansa la humanidad, devenimos humanidad posible por la mujer; esto lo acepta la falocracia en poemas, canciones, pinturas u otras manifestaciones, pero en la vida cotidiana el “macho” de la modernidad ha creído que sobre él descansa la humanidad y que el futuro sólo depende de sus despliegues de fuerza. El gran desengaño de la modernidad es que la falocracia entró en crisis y podríamos estar ingresando a la ginecocracia, una forma de poder que aún no comprendemos ni intuimos qué nos deparará. Aunque a

esto no hay que llamarse a engaños, puesto que la cultura machista ha venido vendiendo la idea de honestidad, de capacidad de entrega y de sentido solidario de redistribución de los recursos que tiene la mujer para endeudarla, para entregarle préstamos y así, sin que la mujer se entere, terminará comprometiendo su suerte al tener unas compromisos económicos impagables que seguirán facilitando el dominio del hombre.

La mujer ha de saber que elegir, que adoptar una ruta propia demanda un romper consigo misma, con la tradición religiosa, política, económica, ambiental y educativa. A despecho de los rapsodas hemos relegado la imborrable definición de Unamuno: El universo es la mujer. A veces, por las prédicas excluyentes, parece que las expresiones para resaltar a la mujer sólo obedecen a intereses sexuales; la deuda con la mujer no fue saldada en la modernidad, pero ella deberá ser consciente que elegir su propio destino es un riesgo y que la advertencia no es menor: endeudarse es comprometerse a la voluntad del deudor.

## **Libertad por conquistar, desconquistada.**

La arquitectura de la razón parece distanciarse de la arquitectónica de la emoción cuando de abordar la libertad se trata. De cualquier forma, la libertad como tema central de la humanidad circuló en libros antiguos, en tonadas populares, en poemas sueltos, existen elaborados párrafos en documentos sagrados, así los denominan e incluso en textos profanos también se le rindió y rinde culto a la libertad, tal vez, más a la palabra que a la concreción. Ya hay gentes que no piensan en libertad, creemos tenerla, por eso está desconquistada, porque, salvo unos cuantos, los demás nos quedamos apresados creyendo ser libres.

La discusión central es comprender cuándo la libertad de ser fin pasó a convertirse en un ramplón medio. Amartya Sen centra sus estudios desde la libertad, por eso quiere resolver la dicotomía al tratarla como medio y fin, es decir si el fin es la libertad, el medio es ella misma. Designa que cualquier desarrollo debe partir de la libertad, establece Sen (2000, p. 19) que “El desarrollo exige la eliminación de las principales fuentes de privación de la libertad: la pobreza, la tiranía, la escases de oportunidades económicas y las privaciones sociales sistemáticas, el abandono en que pueden encontrarse los servicios públicos y la intolerancia...”.

Revisando sus razonamientos, por idealistas que parezcan, es cierto que superan el concepto de visión para tornarse en una necesidad de que la libertad va tomando camino cuando se empiecen a superar las opresiones económicas y, resuelto esto, agregaríamos aquí, aprender a liberarse de las prisiones culturales, científicas, políticas, educativas y psicológicas.

Sen, premio Nobel de economía, define como tipos de libertad los siguientes tópicos: la libertad política, las oportunidades sociales, la seguridad protectora, las garantías de transparencia y los servicios económicos. De la misma suerte encuentra lo que no es libertad, lo que constriñe la emancipación, así: la pobreza, la tiranía, la escasez de oportunidades, las privaciones sociales sistemáticas, el abandono de servicios públicos, la intolerancia y la excesiva intervención de los estados represivos. A ojo de buen cubero se resuelve que si los constrictores de la libertad son seducidos a cambiar o suplidos por sus opuestos, cualquier sociedad encontrará un verdadero desarrollo humano, puesto que la funcionalidad de la propuesta no sólo se centra su quehacer en lo económico, también le otorga responsabilidad a la práctica de la solidaridad, promueve el paso del yo al nosotros.

El hecho de que la libertad no se haya consolidado o siquiera implementado en algunas comunidades, deja asomar

otro desespero de modernidad que se traduce en exaspero o deuda de humanidad. Seguridad y libertad no parecen compatibles; luego del derrumbamiento del mito de occidente con la caída de las Torres Gemelas en el 2001, la sociedad prefiere seguridad así la libertad se restrinja. Indica Vommaro que las fuerzas de seguridad tradicionales se muestran incapaces de dar respuesta a las demandas de seguridad de los espacios privados de acceso público. Se podría agregar que las fuerzas de seguridad al no ser idóneas para garantizar la seguridad, limitan la libertad, sin que ello garantice tranquilidad.

De manera que la libertad se encuentra más amenazada por la seguridad que por el terrorismo, y a este empobrecimiento de la libertad la justicia luce ineficiente o, tal vez, sorda por conveniencia propia para así beneficiar a quienes imponen el orden por sobre la libertad.

### **La posmodernidad**

Si hay posmodernidad, por lo tanto, hubo modernidad y, por lógica deductiva, protomodernidad, ahora, si no la hemos nombrado protomodernidad sino Edad Media, entonces, hasta los nombres que le hemos puesto a las épocas es probable que debemos pensarlos, renombrarlos y, como consecuencia, resemantizarlos. Frente a la poca vitalidad de la

modernidad, a su aparente ocaso, se anuncian otras épocas, unos la llaman posmodernidad, otros modernidad líquida o modernidad alta-tardía, sociedad del riesgo, capitalismo tardío o cognitivo, en sociología se le conoce como posmaterialismo o, tal vez, pasó del oscurantismo al pososcurantismo y al neoscurantismo. El movimiento del posmodernismo ha encontrado mayor riqueza conceptual y estructural en las manifestaciones estéticas. ¿Cuáles son las libertades de la posmodernidad? Algunos exponen que no hay libertad, sino estados de la misma; otros discuten que es una elaboración químico-eléctrica del cerebro. La disyuntiva existencial que aún no superamos es lo oscuro de lo moderno. La libertad de la posmodernidad está por establecerse, quizás por redescubrirse o reconquistarse: se eligió seguridad para sacrificar dignidad y, por consiguiente, libertad. La libertad de la posmodernidad es que ni siquiera cree en sí misma.

Hay un debate sobre lo justo, la libertad y la verdad que se viene dando por capas, unas tensiones que se registran entre las comunidades académicas y en el denominado pueblo. Argumenta Lyotard (1987, p. 21) que “El pueblo está en debate consigo mismo acerca de lo que es justo e injusto de la misma manera que la comunidad de ilustrados sobre lo que es verdadero y falso; acumula las leyes civiles como acumula las leyes científicas; perfecciona las reglas de su consenso por

disposiciones constitucionales cuando las revisa a la luz de sus conocimientos produciendo nuevos paradigmas". La acumulación como principio básico de la economía y tal vez de la educación, así fuese denunciada en la educación bancaria, puso a la modernidad en desesperos, en serios aprietos consigo misma; aunque para ser consecuente los pensadores de la posmodernidad aún no intuyen lo que devendrá de esa fractura, de ese cambio radical que enfrenta las lógicas de acumulación.

No estaría tan seguro como lo sugiere Lyotard de que el pueblo no quiere acumulación ni universalidad, tal vez, no es falta de deseo, sino de poder, y esa es una discusión de posibilidades; ahora, como para ayudar al desconcierto, ni siquiera hemos caracterizado cómo se identifica el pueblo; sin embargo para algunos, pueblo es un símbolo para congregar, para otros es un conglomerado amorfo, disperso, y así entre clasificaciones o descalificaciones no podemos saber qué es pueblo aunque todos lo seamos.

Ser posmoderno es no creer en la modernidad, abandonar aires que todo viene de afuera, asumir su propio mundo, no querer ser controlado ni controlar, no creer ni necesitar en extremo a los dioses, descartar el orden como única salida para abordar el conocimiento, no creer en los grandes líderes, al igual que no precisar de grandes

metarrelatos, el querer sacudirse del utilitarismo y de la encerrona del lenguaje. La posmodernidad es una manifestación del cansancio, de la angustia por lo dado y lo por venir. Desde este ángulo, hay múltiples cansancios éticos, políticos, económicos que el régimen de la queja no resolvió; el imperio del azar no fue controlado como lo ofreció la modernidad; de un esperar lo posible sin que lo imposible tuviese un lugar claro, terminó por destrozar las esperanzas.

Las esperanzas destrozadas en la modernidad por el auge de la novedad le seducen o, mejor, le preocupan a Vattimo (1987, p. 146) cuando escribe que “Si la modernidad se define como la época de la superación, de la novedad que envejece y es sustituida inmediatamente por una novedad más nueva, en un movimiento incesante que desalienta toda creatividad al mismo tiempo que la exige y la impone como única forma de vida... si ello es así, entonces no se podrá salir de la modernidad pensando en superarla”. El exaspero que advierte Vattimo, máximo exponente del pensamiento débil, es el relevo de lo nuevo o su prematuro envejecimiento como una de las grandes apuestas de la modernidad que establecieron un modo de vida. Ese relevo es una suerte de violencia real y simbólica que la modernidad no logró resolver.

Si bien es cierto que a menos palabras mayor es la violencia simbólica, ni siquiera los científicos de la educación o

los artesanos de la palabra que son los literatos lograron encontrar salidas viables; de conocimientos fijos se pasaron a los emergentes y luego a los urgentes en una extraña libertad anárquica del arte.

En el arte se centraron numerosas esperanzas, fallidas muchas porque se creyó que allí se salvaría lo que ni en sí mismo es salvación. Algunos, al no ver los resultados soñados, anunciaron la muerte del arte, olvidándose como lo cita Arundel (1965, p. 13) que “El arte formó parte de la vida misma desde sus comienzos, vinculando estrechamente la magia, la ciencia, el trabajo y la religión”. Aun en la posmodernidad el arte ofrece posibilidades, así como la magia, la ciencia, el trabajo y la religión siguen siendo fuente de esperanza para muchos.

Esto nos conduce a una discusión que merece su propio espacio, sin acudir a violencia lingüística, es de resaltar que en lo móvil del arte subsiste cierto temor no superado, ya que el contenido o sentido de una obra de arte aún no se sabe cómo salvarlo de la transitoriedad o de la perseguida eternidad. El caso es que la disputa por el agotamiento del arte continúa interesando a los posmodernos, puesto que en la estética se cifran esperanzas para que la humanidad, de cuando en vez, retome el sendero del goce artístico, de la creación que se abre a lo múltiple a lo indeterminado.

## **La violencia ritualizada**

La historia de la humanidad parece haberse tejido más desde la violencia que desde el mismo amor, ha existido cierto ritual a la violencia que no se desenmascara; incluso, aseveran algunos estudiosos de la tecnología que los grandes avances técnicos se deben a los ciclos de violencia que requieren ser reconstruidos, investigados y afrontados; por así decirlo, hay una inteligencia en la violencia que despierta al hombre, que lo obliga a ser ingenioso.

Para América Latina se consagra en el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) que para un desarrollo se requiere erradicar el hambre y la pobreza extrema, lograr la matrícula primaria universal, promover la igualdad de géneros, reducir las tasas de mortalidad infantil, luchar contra el VIH, el paludismo y asegurar la viabilidad medioambiental. Sin menoscabo de la duda, son unos propósitos valerosos, que por supuesto se alejan de meras probabilidades económicas, es decir, no sólo centran el desarrollo humano bajo la lupa del dinero sino que transversalizan una serie de aspectos que antes no se tuvieron en cuenta. Para reducir las violencias se piensa en privilegiar

una educación para la paz, una educación para las víctimas, una educación para la convivencia y una educación para la inclusión. Se sugiere evitar todas las formas segregacionistas y de injusticia social tan clamada, pero tan poco practicada como la cobertura de salud, el fortalecimiento de los mecanismos de protección social, la adopción de programas de salud alimentaria, de vivienda, de seguridad ciudadana y el contrarrestar cualquier forma de exclusión social.

Lo anterior corrobora, una vez más, que la palabra o que la norma institucional no convoca y que en su abandono libresco puede tornarse tan violenta como cualquier arenga religiosa o guerrerista. Es necesario que a la modernidad se le pregunte por sus fracasos, porque de los supuestos avances, presidentes, militares, religiosos e intelectuales han sabido aprovecharse, han sabido lucrarse sin compasión alguna, de lo que Coetze (2007, p. 59) nos previene “Ahora no hay simpatía, no hay compasión para nadie en estos tiempos que corren”. Al no existir compasión ni simpatía se abren las oportunidades, se abren las brechas para violentar los derechos mínimos de la humanidad.

## Los Derechos Humanos

La modernidad tiene un desespero de abuso de humanidad, de no respeto por los Derechos Humanos, sino es así ¿Cómo se explican tantas guerras, tantas masacres? La ambición, la incomodidad de estar juntos, la poca tolerancia, la beligerancia de unos y la apatía de otros son probables respuestas que nada de despreciables tienen.

Hay unas actividades humanas que de listarse con buen rigor se requieren varios libros, o incluso tratados. Trata de personas. Tráfico de especies. Inasistencia estatal. Intimidación multidirigida. Violencia a la intimidad. Uso de armas de destrucción masiva. Desapariciones étnicas. Discriminaciones religiosas, económicas o educativas. Este pequeño muestrario hace ruido por sí sólo, no precisa de mucho lenguaje o de exuberantes tablados para saberse que la modernidad no los suplió.

Conforme aparecen documentos sobre la violación a los Derechos Humanos, menos esperanzas de reconfigurarnos se despiertan en el horizonte. Para resumir, si es siquiera ético escribirlo, el gran agobio de la modernidad es que nos hicimos más violentos en la medida que fuimos mejor educados; para dolor de época aprendimos a refinar los métodos de extinción y desaparición; aprendimos a maquillar las violaciones, a darles

nombres curiosos y hasta contagiosos como falsos positivos o fuego amigo. Lo triste es que el crimen perfecto hace mirar al lado equivocado, astucia que aprendieron bien los violadores de los derechos humanos y los tutores de la legítima defensa.

### **La legítima defensa**

Otra de las grandes caídas del pososcurantismo se registra en la expresión defensa que sirvió para decidir el futuro humano. Se aprendió a defender el patrimonio, los ideales, la patria, el conocimiento, la inmortalidad, la verdad, la ética universal e incluso la pertinencia de una guerra; en dicho período fue cuando mejor se aplicó el concepto de protección. En nombre de la defensa es que los Estados, de mano de los militares, consolidaron unos poderes expansionistas para justificar cualquier acción en contra de otro país o de su misma comunidad.

Por si lo anterior fuera insuficiente, se cargó la expresión poniéndole legítima para dejarla más plausible: legítima defensa, la cual fue acogida por constituciones y códigos penales, sin esfuerzo semántico. La legítima defensa acabó por hundir la esperanza de la humanidad, echó tierra a los Derechos Humanos y lo que consigo trae. Es legítimo

defender las empresas, los capitales, la dignidad de los mandatarios, no tanto de las personas comunes, la dignidad de la nación, los programas de educación, es legítimo defender el cierre de un hospital o el bombardeo de una comunidad, es legítimo defender un juico por traición a la patria o por espionaje; en síntesis en legítima defensa todo es defendible.

Suena convincente declarar la guerra en nombre de la legítima defensa, es lo que en las últimas décadas supo emprender Estados Unidos u otros Estados como Israel, Rusia y, por si acaso, algunos países latinoamericanos. El desespero de la modernidad es que no sabe en dónde terminará el concepto que en casi todas las constituciones aparece con cursivas legítima defensa. Así ¿de cuáles Derechos Humanos se alardean?

Se ha hecho de la legítima defensa un paradigma al estilo del paradigma tecnológico-educativo. Un paradigma es una cosmovisión, es una constelación de significados y sentidos que traen consigo discursos y didácticas propias. Un paradigma se justifica por sí mismo; el paradigma de que la guerra aguza el ingenio y es la que más hace crecer la inteligencia sirve de consuelo a tontos.

Un paradigma intenta mostrar una realidad, indica la forma de actuar; por lo tanto, no es fortuito que estemos frente al paradigma de la legítima defensa para justificar los

intervencionismos que no atienden exigencias éticas ni políticas de austeridad para engendrar violencia.

Visto es que legitimizar la defensa cubre de pena cualquier pensar y, aunque no todos los razonamientos son válidos, el de la legítima defensa, por burdo que parezca, se sobrepone a la invalidez que lo pueda rodear, ese sería un atroz comienzo de una posible “Teoría del pánico” que, además de vender libros y editar películas, abriría un buen espacio para la medicina y empresas aseguradoras, así de sencillo, pero de dramático podría ser la emergencia de una “Ciencia del pánico”.

La legítima defensa se invoca por miedo o para provocar miedo, una histeria colectiva que hace creer necesaria cualquier incursión o restricción sobre el otro “¿Por qué ese silencio prolongado sobre el papel del miedo en la historia? Sin duda, a causa de una confusión mental ampliamente difundida entre miedo y cobardía, valor y temeridad” (Delumeau, 1898, p. 12). Se ha hecho del miedo una máquina infernal, un dispositivo para imponer religiones, para gobernar, para esclarecer delitos, para facilitar la servidumbre, para enseñar o, peor aún, para perpetuar la violencia y no dar espacio a la resistencia.

## **Persistir en las resistencias**

Resistirse es oponerse, bien a los cercos externos o bien a las elaboraciones internas, venidas de los esparcimientos psicológicos que no siempre se ajustan a los principios de proporcionalidad. La dignidad de la resistencia, más que un anhelo, es una necesidad; hay que resistir con insistencias y persistencias. No hay una, son muchas las maneras de resistir, por suerte, ahí es donde radica la creatividad humana.

Hay que resistirse a las velocidades actuales, ya Sabato (2000, p. 122) nos advierte que “El hombre no se puede mantener humano a velocidades, si vive como autómatas será aniquilado. La serenidad, una cierta lentitud... ya nada anda a paso de hombre”. No sólo nos resistimos con violencia, también lo podemos hacer desde nuestra acción, desde cierta calma es a lo que nos convoca este pensador argentino: somos más cifras que palabras, más información que novedad.

Es evidente que la modernidad ha hecho resistencia, cuando no, inconsistencia. La resistencia se ha hecho más evidente en la ciudad, puesto que allí nos establece Ezra (1999, p. 49) que “La ciudad es sobre todo un estado de ánimo, un conjunto de costumbres y tradiciones, de actitudes organizadas y de sentimientos inherentes a esas costumbres,

que se transmiten mediante dicha tradición... es un producto de la naturaleza y, en particular, de la naturaleza humana". La ciudad, un recurso y producto humano es la que, en estos desesperos de modernidad, más se encuentra en cuestión, tanto por sus resistencias como por sus apetencias a no seguir linealidad alguna; la pereza o fastidio a la ciudad sería el punto final de una época que llegó a creer en un posible mundo feliz dentro del amurallado ciudadano.

A la modernidad, aclaremos que son sus defensores o detractores, le vienen algunos espantos, carga sus propias resistencias; a sus historiadores les duele que no se les reconozca su pasado; a los ingenieros que se les niegue los adelantos tecnológicos; a los economicistas que no se les acepten los avances en los estándares de vida; a los políticos el fortalecimiento de la democracia; a los gobernantes el avance de la justicia y así podríamos hacer una lista interminable de los que piden ser nombrados, es decir, reconocidos.

En los imaginarios académicos, la modernidad es vista como la luz en relación con el Medioevo u oscurantismo; renacimiento o volver a nacer, siglo de las luces, luz al final de túnel o la ciencias nos iluminan son claras expresiones venidas de la modernidad que configuran un pensamiento de humanidad, sabemos que para muchos la modernidad les llegó

tarde o ni saben de ella, pero eso no implica que el pensamiento moderno no los haya instrumentalizado.

En la modernidad se consolida la organización del estado en sus tres poderes, ejecutivo, legislativo y judicial; a la modernidad le pertenece el siglo de las luces que, a los arrebatados franceses les enorgullece, sin apenarse que al endiosar a la razón hicieron rodar cientos de cabezas por sus lustrosas guillotinas. No es de olvidar que en la modernidad la imprenta cumple su acometido con el gran libro en la expansión del dogma; también se expandió la lectura y la democratización del saber; en ese período vuelven a florecer las artes pictóricas, poéticas, arquitectónicas, dancísticas, musicales y nace el cine como una expresión cultural para toda la sociedad que se apoya en la televisión y los medios computacionales de comunicación. Sean precisos o no estos detalles, el no valorar lo anterior es un cierre o, quizás una salida, poco digna; pero no apuntar o bajar la cabeza ante todas las ruinas que la modernidad ha dejado en el camino es ausencia de creatividad, por no indicar de lealtad con la humanidad.

Lo popular es otra forma de resistencia que no se logró consolidar, pero que sigue siendo esperanza, pero no siempre lo popular emerge con franqueza, de esto García (1990, p. 252) nos alerta “Los folcloristas hablan siempre de lo popular tradicional, los medios masivos de popularidad y los

políticos de pueblo”. Ahora, si se superan o se reconocen estos intereses mezquinos, entonces pueden surgir miradas que permitan dispersar la resistencia. No es lo mismo tradicional, popularidad o pueblo y se conoce, no es de gran esfuerzo intelectual deducirlo, que los políticos si saben para que es el pueblo, los medios de comunicación y la popularidad, mientras educadores, científicos o filósofos aún persisten en discusiones bizantinas. Así es muy improbable ejercer una auténtica resistencia, cuando no, improductiva.

Soltar las amarras, descargar las maletas para permitir la levedad del ser y la no pesadez de la materia que no es liviantés, es una de las maneras de desnudar el control de sus certezas y absolutismos; una especie de resistencia inteligente.

Resistir es esperar con paciencia, pero con insistencia, es pensar alternativas hasta encontrar una salida al cuestionamiento que Sábato (2006, p. 117) exterioriza “¿Qué podemos hacer frente a la inmortalidad de quienes nos someten?”. La riqueza en hallar la respuesta es que esta no contenga las mismas monedas del sometedor: destruir, mentir y desaparecer, cosa que bien sabe el poder político, tecnológico, económico, religioso y científico, esas son, entre otras, sus precariedades; resistirnos, entonces, más que una sugerencia es un imperativo.

## **La ciencia en sus precariedades**

La modernidad no logró redefinir la ciencia, por ello adquirió los males de las religiones monoteístas, se valen de decálogos, manuales y prescripciones, quieren ser universales, pretenden ser inmortales y, cómo no, participar en el ojo de Dios, sus narrativas son normativas y ordenadoras. Las escrituras de la ciencia se adaptaron a unos órdenes lineales e incluso alejados de los modelos literarios. La ciencia sin narrativas y su entorno árido de metáforas pierden sentido o interés no sólo para legos sino para los propios científicos, cual Lyotard (1987, p. 25) sugiere: “Lamentarse de la pérdida del sentido en la postmodernidad consiste en dolerse porque el saber ya no sea principalmente narrativo. Se trata de una inconsecuencia. Hay otra que no es menor, la de querer derivar o engendrar (por medio de operadores tales como el desarrollo, etc.) el saber científico a partir del saber narrativo, como si éste contuviera a aquél en estado embrionario”. La resistencia de la ciencia a ser narrada, su exigencia a ser vista como dato, el no aceptar el humor dentro de sus relatos, el evadir la risa, esa pérdida de sentido discursivo, de legitimidad de los lenguajes

es otro claro ejemplo de desesperos de una época desarraigada.

A no dudarlo, son precariedades de la ciencia todas las investigaciones que permitan comercializar con el cuerpo. Venta de órganos, reproducción de seres para probar supuestos adelantos biológicos, transmutaciones genéticas para crear razas superiores, alteraciones a las cadenas del ADN para dar vida a sujetos con unos rasgos de belleza exclusivos o la misma idea de estudiar el cerebro para luego controlarlo son muestras de que la modernidad nos debe muchas explicaciones. El derecho a la ciencia debe ser conquistado dijo Lyotard y, quizás, diremos aquí, desalojado de sus controles y teleologías mesiánicas.

Las conformaciones sociales, sus desenvolvimientos, sus movibilidades no son bien comprendidas ni relatadas, pese a que el positivismo pugnó por hacerlo al observar los acontecimientos sociales como cosas, el mismo Durkheim (184, p. 43) establece que “La regla primera y más fundamental es considerar los hechos sociales como cosas”. Este es el claro ejemplo de la positivización, de la necesidad de control y de desnaturalización, al pretender que los hechos sociales sean cosas. Tal vez, por ello entraron en crisis las investigaciones de las ciencias sociales, se apropiaron de mecanismos de la física, quisieron hacer leyes con algo que es

móvil y más que móvil caótico. Al comprender los hechos sociales como cosas, permite congelar o aislar, entonces las explicaciones se ajustarán al momento de la investigación, quedando el dato para la historia o para la crónica, porque no da cuenta del movimiento y el movimiento tiene la virtud de incluir el espacio-tiempo, incluye el presente y el probable futuro. Una de las grandes precariedades de la modernidad es creer que los hechos sociales fuesen tratados como objetos, lo que reduce el acto investigativo y, congela lo incongelable: la realidad.

Ante la pregunta ¿Qué aporta de positivo la ciencia para la vida práctica y personal?, responde Weber (2007, p. 77) que “Lo que aporta son conocimientos sobre la técnica que, mediante el cálculo domina la vida, tanto las cosas externas como las acciones de los hombres..., aporta los métodos para pensar, sus instrumentos y sus aprendizajes..., y la claridad”. Esta réplica no es menor, tampoco precisa de un profundo ejercicio hermenéutico, salta a la vista que en la ciencia reposan las llaves de la modernidad. Ahora, si no tenemos puertas al estilo tradicional sino otros modelos de acceso ¿para qué necesitamos llaves? El desánimo de la ciencia es que no todo puede dominarlo, que perdió las llaves de las puertas tradicionales y que muchas actividades se salen de sus ámbitos predictivos, su agujero negro es el caos.

Según los cánones, el método científico sólo puede usarse para probar lo que se puede repetir, aquello que no entra en lo controlable o en lo medible pasa a ser un problema para la ciencia, puesto que sus métodos no dan cuenta de la incertidumbre. Ese es el gran desespero de la modernidad, la ciencia moderna se entiende muy bien con aquello que se reproduce o reincide, por ello, desestima lo sensorial, lo intuitivo, lo mítico, lo metafórico y lo metafísico, con simple arrogancia, por no decir, ignorancia, desecha lo que mueve sus bases.

De las clasificaciones cualquier cosa se puede decir, pero en relación con el tiempo que convocan a las ciencias se les ha ubicado como ciencias del pasado a la historia, a la paleontología y a la lingüística, a las del presente corresponden la política, la sociología y la economía, al futuro la educación, la prospectiva o proyectiva, la ingeniería, la comunicación, la biología, la física, la psicología, el derecho y la medicina. No es que alguna ciencia sea específica de un momento temporal en exclusivo, de alguna manera navegan entre pasado, presente y futuro, pero su tendencia general no la pueden desconocer y sabemos que ni la historia ha podido dar cuenta de los hechos como acaecieron, la política o la economía no saben cómo afrontar el presente y el futuro no se ve bien por el presente de la medicina, de la biología o del derecho si se quiere; ahí, entre

otros aspectos se hace visible la precariedad de las ciencias, cuando su función, en relación con el tiempo que deben investigar, no es el mejor y, quizá, hasta en muchos casos lo ignoren.

A lo mejor vaya siendo momento de pensar en una ciencia oral, en una ciencia que en sus relatos vuelva convocar a la gente, donde la conversación sea la disculpa para estar juntos y no como sucede con el lenguaje escrito que requiere de hombres en solitario escribiendo y de hombres en solitario leyendo, individuos que se aíslan para escribir y para leer. Uno de los desesperos de la modernidad fue que popularizaron la escritura, forzaron a los hombres a escribir para que se construyeran en soledad, para apartarse de la colectividad. La ciencia no escrita sino relatada al modo de los juglares podría reeditarse para afrontar los lenguajes escritos por las máquinas y los lenguajes icónicos que vienen haciendo más precaria la ciencia, más precario al hombre.

### **La inteligencia icónica**

Hay, sin embargo, un saber icónico, una inteligencia que en el siglo XXI ha reanimado este tipo de lenguaje y, tal vez, empobrecido la escritura o la oralidad misma, ese es otro

recelo de la modernidad, el atrapamiento de los lenguajes escriturales y orales frente al enriquecimiento de la imagen, del ícono en una suerte de dictadura de la imagen. Sin rodeos Piscitelli (2002, p. 19) expone: “Lo que la avalancha icónica promete, y exige, son nuevos modelos de generación, procesamiento y consumo de la información que podrían llegar a poner en cuestión las bases mismas del decurso racional”. Se desprende de esta observación muchas suspicacias y hasta siendo veleidoso, preocupaciones mayores, pues no sólo el discurso racional tambalea, es el mismo concepto de sociedad que podría dar pie a un nuevo pensamiento y, como tal, a una nueva sociedad; aunque si de algo sirve, vale aclarar que siempre hemos estado frente a nuevos escenarios; por fortuna ni la política se restringe a los políticos, la imagen al lenguaje, ni la inteligencia a la tecnología.

Se infiere, entonces, que la inteligencia, sus productos y desarrollos son, ni más ni menos, otros de las grandes decepciones de esta época que aún no clausuramos porque todo cambio a una nueva modernidad tiene una prolongada edad media. Si la inteligencia es la capacidad que tiene el cerebro para procesar y transitar con la información ¿Dónde y cuándo se empantanó la inteligencia en la modernidad? Tal vez, se empantanó con el concepto del control, del conocer para someter, para dominar; de ahí no se

ha podido salir; el cuándo, es probable que desde el mismo momento que se decidió separar los objetos del tiempo y del espacio; al querer liberar su objeto de estudio, inició su propia condena.

La inteligencia icónica es el nuevo ojo de Dios y no olvidemos que si algo quiere parecerse a Dios desde ese momento todos los supuestos y ofertas pasan a ser sospechosos. Es como si a la inteligencia no se le pudiese desconectar del poder; incluso la inteligencia artificial —¿Por qué artificial?—, es un ejercicio de poder, el ropaje de la inteligencia es el poder.

## **Neoscurantismo**

Si de nombrar se trata, neoscurantismo es una expresión que se ajusta a este primer decenio del siglo XXI. Coinciden demasiados aspectos, es como si continuáramos en una extendida edad media o en la larga noche de la edad media como lo expresa el profesor Julián Serna. Resurge un imperio que todo lo controla, un sabotaje de la información, un aprisionamiento de los Derechos Humanos, un florecimiento de guerras intestinas, un amodorramiento de la inteligencia, una reconfiguración y expansión de un pensamiento religioso-

militar, una vuelta a la escolástica o creencia en la educación, una búsqueda de la verdad para consolidar determinados poderes, la aparición de manuales para evitar que la gente piense y sólo siga instrucciones, la creciente corrupción administrativa, la ausencia de solidaridad, la desesperanza aprendida que cierra a las juventudes, la indebida explotación de los recursos naturales, la continuidad de la lógica de que los pobres cada vez son más miserables y, por consiguiente, los imperios más poderosos, más ricos.

Habitar los neos es sospechar que se podrían repetir muchos eventos de otras épocas, algunos acontecimientos se reiteran por nostalgia, otros por necesidad y muchos se reviven por una presabida configuración del poder que se esconde en la retaguardia de toda resurrección.

El gran desespero del pososcurantismo es que la inteligencia ha servido para pensar contra sí misma y, claro, contra su gran impulsora: la modernidad. Los fines de la modernidad como los de la verdad no parecen los mismos, fingiendo la primera ser una verdad para alcanzar sus fines y la segunda queriendo ser contemporánea con sus añejados miedos.

Si en algo nos reposa en una lujuria de desespero, no olvidemos que todo tiempo pasado fue anterior, jamás será posterior y que tener una conciencia limpia es un asunto de

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

mala memoria o de una inteligencia selectiva, propia del neoscurantismo, cuyos agujeros disfrazan la mentira de verdad para cumplir sus fines.

Pero, así es el mundo, tiene la verdad muchas veces que disfrazarse de mentira para alcanzar sus fines. José Saramago.

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## Trama II. Bella indiferencia del presente



*Intoxidados con cronos. (2015). Óleo sobre lienzo, Miguel Alberto González González*

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## **Perezas colectivas**

La bella indiferencia del presente es un cuestionar las formas cotidianas de la vida que prefieren despedir dicho tiempo, procrastinarlo o lanzar para mañana el hoy. Es una búsqueda de las razones en que la humanidad se ampara para haber apadrinado alguna indiferencia que ha generado crisis del presente.

Hemos padecido cierta pereza, cuando no, imprudencia por comprender los hechos del presente, casi siempre optamos por hamacarnos en otras épocas para no quedarnos en el presente; desde este presenteísmo mediático y económico que niega el presente, se desprende una demanda de situarse en el hoy, de asomarse al aión o al kairós, tiempos del hombre.

Se podrían configurar un vivir el presente sin que implique un abandono de la intuición por un futuro, sin que se pierdan las utopías o sin que se abandone el pasado, la historia del pasado. Existe un dopaje del tiempo que debe superar la humanidad para no continuar en unas indiferencias solapadas que, en ocasiones, terminan dictando el devenir político, económico, religioso, ético, literario y científico de la

humanidad; cualquier abandono de una época es por no aprender a platicar con el tiempo, por no saber resistir en la esperanza.

La indiferencia de presente también es una pregunta por todo aquello que no garantiza futuro o cuyo pasado se quiere mostrar como poco relevante o que se quieren olvidar. Quizá, olvidar es reprimir que, en algo nos ilumina Borges cuando explicó que “esas personas que se ignoran están salvando al mundo”, podríamos agregar que, al igual que las personas, aquellas épocas que se ignoran podrían tener claves para la humanidad.

## **Crisis de dignidad de presente**

Es así cómo a mi edad el pasado se vuelve presente y el presente es un extraño y confuso futuro... Hay que reinstalarse en el presente. **Julio Cortázar.**

Reinstalarse en el presente es la demanda que hace Cortázar en 1963 en su libro *Rayuela* y, quizás, podría ser una exigencia para todas las épocas de la humanidad que han

preferido ubicarse en el pasado o en el futuro, pero no en el presente, como si no supiésemos vivir en el presente. El pedido de Cortázar para reinstalarse en el presente es dramático, pero deja una luz, en algún tiempo la humanidad vivió, estuvo instalada en el presente, eso, por poco que parezca, es una buena esperanza, así ésta se encuentre en crisis.

Escribir sobre la crisis va siendo una repetición que puede fastidiar, pero Orlando Mejía Rivera lo graficó en el texto *Ética y simulación* de una manera que es digna de mencionarse “Que viva la crisis y como decía un grafito encontrado en la pared de una iglesia gótica de alguna ciudad europea en el año apocalíptico mil: en razón de la crisis se aplaza el fin del mundo”. Acaso, lo que no se podría aplazar es el reinsertarse en el presente, el habitar en la dignidad del *carpe diem*, donde justo convergen el pasado y el futuro.

De otra parte, escribir sobre la dignidad es arriesgar lo que el término en su polisemia semántica lleva. Dignidad viene del latín *dignus*, que se traduce por valioso, la dignidad es algo que tiene valor, es más intrínseco que extrínseco. No es una opinión unánime, sin embargo, la dignidad se comprende como un juego psicológico donde cada persona elabora una imagen de sí que no puede ni debe ser vulnerada por nadie, ni por sí mismo; es una suerte de reserva en autonomía y poder deliberativo; la dignidad puede llegar a

variar según el estado de ánimo o según quien nos rodee, pero en definitiva, la dignidad es una forma pulcra y honesta de presentarse, de dejarse ver, es sentir una pausada tranquilidad de lo que se es ¿Cuáles son nuestras dignidades? Esto porque, en términos generales, todos reclamamos dignidad. ¿Es pertinente hablar de dignidad para habitar el presente?

La crisis de dignidad de presente se debe a una bella indiferencia de no querer estar en el tiempo de los hechos- acontecimientos-sucesos; quizás un miedo en esa urgencia de emigrar territorios y épocas. Existen unas expropiaciones del tiempo y del espacio que nos hace olvidar vivir el presente. Se puede especificar que en el tiempo lineal el presente es una instancia muy corta, que se ubica entre pasado y futuro, por lo cual, parece que aún no sabemos con exactitud que es el presente; aunque en aión y Kairós las posibilidades de habitar el tiempo son diversas, al menos, no se bastan con el chrónos. La indiferencia del presente se comprende cuando se desplaza la felicidad, la libertad o la tranquilidad a otras épocas, la metáfora de que luchamos por un futuro mejor grafica la indiferencia del presente.

La indiferencia para convocar el presente es palpable, a veces, parece un caso clausurado, del presente no tenemos mucho por relatar, con el presente no estamos a salvo, mejor nos vemos en el pasado o en el futuro, como

Sabato (2006, p. 79) bien lo refiere: “¿Y cómo defenderme cuando mis mejores antecedentes estaban en el futuro?”. Así estalla una evidencia más, ni siquiera se ve el pasado como antecedente, sólo el futuro es la salvación, dejando al presente en una palidez que termina por desfallecer el proyecto de estar-siendo, por el de será o devendrá.

Vale reconocer que el tiempo adquiere sentido en la kinesis o movimiento y en la metabolé o cambio. Bajo estas dos condiciones es que el cerebro humano logra comprender el transcurrir del tiempo; tema que Aristóteles, Kant, Hegel y otros tantos pensadores han abordado sin que ello indique que la disputa deba ser clausurada. Antes bien, Escobar (2000, p. 49) escribe que “El tiempo se estira y se encoge, mas se suicidará cuando destruya todas las cosas”. Con esta metáfora de apocalipsis queda en punta una mirada para las aventuras científicas y filosófica-lingüísticas sobre el tiempo.

El siglo XX inaugura con Munch el grito de la humanidad, el desespero de la sociedad, desde la pintura se inicia la muerte de la modernidad, se grita por el pasado, por el presente y se advierte el devenir. Nos convertimos en la sociedad del grito, se grita al vecino, al compañero, se grita en el trabajo, en el aula, porque, además de ser una sociedad de ciegos como lo sugiere Saramago, también somos una sociedad de sordos, no sabemos de los colores o sonidos del

presente. Así parece, ni los secretos son resguardados, cuando menos ocurre pasan a ser gritos colectivos; el presente se ensordece, se achica o se apequeña con los gritos, se estrecha en la indiferencia y colapsa con unos hechos en desbandada que se suceden en una aparente linealidad que da sepultura al tiempo rizomático.

### **Olvidos de presente ¿Y el espacio?**

El espacio ha sido otro de los sacrificados en la concepción del tiempo como flecha; por conveniencia religiosa y por practicidad científica se les independiza y eso permite visualizar un tiempo rectilíneo, un tiempo predecible, un tiempo sin sorpresas y, por lo mismo, desesperanzado. No existen programas de construcción de presente, se insiste en reconstrucción del pasado o en despertar sensibilidad para construir el futuro, en intuir el presente no devenido, en planificarlo, claro, como nos advierte Lizcano son metáforas, pero reconozcamos que son metáforas que nos piensan y, por tanto, nos ponen a su servicio. Sobre el presente, Boaventura (1998, p. 33) escribe que “Es la condición del presente la que condiciona el pensamiento pensado del presente y lo impulsa a despensarse y a repensarse”. De golpe, este pensador

brasileño dignifica la inconformidad, la centra para modificar lo que no satisface, comprende que el pensar no es independizable del tiempo, no es pensable que el presente siga siendo un convidado de piedra en la reflexión; si de algo sirve, no olvidemos que todos los hechos suceden en el presente, en su presente, no pueden simular.

Es cierto que el simulacro también se da por exceso de presente que se traduce en olvido. ¿Dónde reside el sabotaje de la realidad?, quizás en las semánticas del presente: ayer, mañana. ¿Nos duele o le tememos al presente? Aún no se tiene una resolución definitiva, pero entre dolor y temor hay un punto de confluencia el umbral de resistencia. ¿Cómo hacer una construcción social del presente? A veces se camina para fugarse del presente, para olvidarlo, así no es fácil hacer una construcción o reconstrucción social. Tal vez Ulrich Beck, que diferencia entre la primera modernidad industrial y la sociedad del riesgo global o segunda modernidad reflexiva pueda aportar en esta discusión; sabiendo que en la modernidad reflexiva no se cree en la linealidad del futuro o en la jaula de hierro cuando cita a Weber. Si es evidente que esa metáfora de la jaula define en parte las aspiraciones de la modernidad, pero también da pie para entender el por qué se descansan los proyectos en el futuro, siempre abandonan el

presente como ámbito de aplicación; esa es su jaula, esa es su paradoja, esa es la realidad.

Platón, precursor de repúblicas vistas desde arriba, repúblicas abstractas puso en Sócrates la siguiente sentencia “Quedé desfallecido escudriñando la realidad”. Sí, existe una conciencia que para buscar la realidad o la verdad, hay que hacer un enorme esfuerzo que desgasta al sujeto que lo emprende. Ahora, también se puede desfallecer al darse cuenta de que la realidad no se deja congelar, que se encuentra en movimiento y rodeada de varias verdades. Esa bella indiferencia de presente se puede protocolizar por el poco esfuerzo que emprendemos para comprenderlo, para saber sobre su duración y del poco esfuerzo para saber si es sólo la dimensión temporal o la influencia también es un tema que pasa por el estado de ánimo, por nuestras apetencias. Podría ser que dejamos morir el presente como instante debido al exceso de amor por el futuro. Detente bello instante, escribió Goethe, este es un hermoso ejemplo de dignificar o magnificar el presente y, tal vez, de enfrentar esta esquizofrenia del correr o desplazar que, orquestado con lenguajes intoxicados, nos han/hemos vendido. No es fortuito que nos estemos convirtiendo en una máscara, en un fraude del aquí y del ahora.

Guardando las distancias y sin ser rígidos, podemos establecer que el pasado fue una ocupación de historiadores, el futuro de astrólogos y religiones monoteístas, en tanto que el presente no ha tenido muchos estudiosos, carece de una ciencia que se le pudiese llamar actualidad, aunque se indica que política, sociología y economía serían las ciencias del presente. Expone Lyotard (1988, p. 75) que “A diferencia del mito, el proyecto moderno, sin duda, no funda su legitimidad en el pasado sino en el futuro”. Dicho de otro modo, sí para el proyecto de la modernidad, el presente constituye un tiempo sin abordar, un tiempo muerto ¿Cómo comprendería la posmodernidad el pasado y el futuro al abortar el presente? El mito que organiza el espacio, la materia, la energía y el tiempo, un tiempo en especial, bien podría enseñarnos a resolvernos en la simultaneidad que comprende el antes, lo ido o el ahora ya no; el durante, el ahora o el ya y el después, el luego o el aún no ya. El tiempo del mito es un atiempos, es bifurcado y problemático; entonces, para lo que se denomina como moderno tanto el tiempo como el espacio precisan de una atención diferente, tal vez, diversa a lo dado en la historia escrita de la humanidad occidentalizada.

De las precariedades del tiempo, tampoco se escapa el espacio que es diseñado por el afuera, el comercio lo sabe muy bien, como Bourdieu (2008, p. 221) lo establece: “Los

agentes –en este caso, las empresas- crean el espacio, esto es, el campo económico, que sólo existe por los agentes que se encuentran en él y que deforman el espacio próximo a ellos confiriéndole una estructura determinada”. Ni falta que hace explicar que esa estructura determinada es para decirle al comprador que allí encontrará su tranquilidad donde edificará su mundo personal y familiar; el espacio ya no nos pertenece para hacer de él un lugar propio; recordemos que el espacio cuando se habita pasa a ser un lugar, ¿Cómo podremos denominar el tiempo que habitamos?

El espacio independizado del presente es un oxímoron venido de las religiones monoteístas, de la ciencia y del dinero. De buenas a primeras, no se pueden enfrentar estas lógicas que están inscritas en las gramáticas, por ello, hay que inaugurar adjetivos, verbos o conceptos que inciten a movilizar las estructuras que permiten dopar el tiempo.

## **Dopajes del tiempo**

De las sombras que nos aquejan aparecen los dopajes, formas de evadir el presente, formas, fraudulentas si se quiere, de abordar la vida. El ser humano se dopa cuando el presente no le llena sus expectativas, el doparse es una

búsqueda de un mejor estar, a riesgo de la salud física o psicológica ¿Estará dopado nuestro pensamiento? No olvidemos que cualquier dopaje produce intoxicación, alteración de realidad.

En rigor del tema ¿Qué es el dopaje del tiempo?, es posible que se trate de una intoxicación cuyos segundos saben incrustarse en los cerebros humanos, producto de dominación, que facilita agendar y programar al hombre. En medio de la crisis de presente, al menos sabemos que estamos intoxicados, que los tiempos viene dopados, motivo suficiente para aprender a fugarse del presente, sus sombras son inferiores a las del pasado y a las del futuro; al encontrarse dopado el tiempo, con él, claro que sí, se dopa el ser humano.

¿Hay dopaje del presente? Es posible que viajemos en dopajes no sólo del presente sino de las dimensiones espaciales, materiales y hasta espirituales, pero, en definitiva, es el presente el tiempo más despreciado, es como si hubiese cierta narcotización, un doparse para evadir la responsabilidad enorme de un presente con conciencia. El presente lo infestamos de narcóticos para evadirlo, lo infestamos de alcoholes para olvidarlo. El presente absoluto o imperio del presente es una mentirosa apuesta del comercio, puesto que cualquier absoluto es empobrecedor. Explicita Foucault que quizá el más seguro de todos los problemas de la filosofía es el

problema del tiempo presente, y el de qué somos en este preciso momento. Esta observación va teniendo carácter de denuncia que abarca a todas las disciplinas que bien han sabido parcelar el conocimiento y, claro, el tiempo, pero que siguen en deuda con esta mirada de lo qué somos ahora y de cuáles son nuestros olvidos del presente que lo tornan tan dramático, tan evasivo o poco estable, no permitiendo al ser humano estar instalado en el ya, en el ahora, en el hoy. Nos vendieron el tiempo presente como farándula, como farándula se volvió el deporte.

La medicina deportiva aprendió a estimular el rendimiento de los hombres y mujeres con el uso de sustancias que aceleran la productividad muscular, aumentan la capacidad sanguínea y pulmonar, lo cierto es que esto se viene aplicando a muchas actividades de la cotidianidad, entre ellas el tiempo que cayó al espejo de los dopajes. La prosperidad de las agencias de recreación ha contribuido bastante en la cultura del tiempo dopado. Preparar el viaje, vender la felicidad futura en una playa o lugar exclusivo, vender una propiedad a plazos, pagar unas vacaciones en cuotas es extender la idea de que el disfrute es foráneo y lejano, lo que tal vez dopa la imaginación para que el hombre se fugue del presente.

Desde la barrera, si es que ello fuese plausible, se distingue en la cotidianidad un dopaje del tiempo con metáforas

como Serna (2009, p. 19) nos muestra: “No tengo tiempo, como si el tiempo fuera un bien del que eventualmente se dispone y que por eso mismo se podría agotar en cualquier momento”. Ese andar sin tiempo, es caminar sin conciencia de presente, es despedir el ya para el después. Digamos que toda economía se reduce a economía del tiempo, la sociedad debe planificar el tiempo es el gran lema de la economía, es el gran dopaje para no tener conciencia de presente.

### **Conciencia de presente**

El presente requiere unas didácticas que insistan en la conciencia del presente, si hay exigencia de conciencia histórica, va siendo tiempo de verificar una conciencia del presente. Si no se tiene consciencia de sí ¿Cómo será posible tenerla con el tiempo? Advierte Hesse (1979, p. 24) que “La mayoría de los hombres no quieren nadar antes de saber... y naturalmente no quieren pensar: como que han sido creados para la vida, ¡no para pensar!”. Esta suerte de denuncia produce escalofrío, ¿De qué manera nos percataremos del presente? Claro que si la respuesta es que se abandona el pensar para vivir, entonces, la poética del hoy adquiere una dimensión inexplorada, una dimensión de discontinuidad.

Atravesando la cuarta discontinuidad, Piscitelli 2002, p. 36) teje cuatro hipótesis, en la primera expone que “Construiremos computadoras dotadas de una inteligencia más-que-humana”. La expresión produce cierta nostalgia y tremor, más-que-humana se traduce en superior a la inteligencia del hombre y eso, de por sí, es una amenaza para la especie; pero tal vez, nos ahorrarán la urgencia de pensar, permitiéndonos habitar el presente como hoy habitamos el lenguaje, tiempos y lenguajes que nos piensan; por lo tanto, hay que resistir con esperanza y no permitir el temporicidio, ni dejarnos poblar por máquinas que nos piensan.

En estos casos, donde el futuro se yergue incontenible y arrasador es cuando no se puede ser indiferente en el presente. La cibercultura e interconexión instantánea hace más fugaz-el-ahora, lo despide sin anuncios, puesto que puebla y disciplina un tiempo que aún-no-es, migra la realidad, la blanquea de su hoy en un temporicidio- uranocidio o asesinato del tiempo para ser contemporáneo con esta sociedad acostumbrada a las guerras.

El utilitarismo tan desprestigiado, pero tan visitado, lo venimos estilando con el tiempo; esta es una especie de denuncia que hace Damasio, citando a Pascal, al expresar que casi nunca pensamos en el presente y, cuando lo hacemos, es sólo para ver cómo ilumina nuestros planes para el futuro. Al

revisar el enunciado se comprende que no tenemos conciencia de presente sino como justificación para una época que no ha sido, para una época que, a lo mejor ni será, permitiendo con ello olvidar o abandonar el ahora.

Olvidar es acostumbrarse, es dejarse domar, es permitir que aquellas primeras sensaciones de extrañeza desaparezcan. Por suerte, las didácticas del perdón no estarían para promover el olvido sino para aliviar el dolor y desmoronar los deseos de venganza y, a lo mejor, la única venganza posible, y en algo plausible, sería la de afrontar los olvidos.

### **Didácticas del perdón**

Estas didácticas sugieren acudir al perdón, a recorrer los espacios de la memoria para no caer en odios innecesarios por estos olvidos de presente. Comprender que cada camino es un elogio del espacio; que aún vale la pena verificar el interrogante ¿Será que el hombre está pasando de moda? Esto nos evitaría incurrir en odios adelantados a las máquinas y percatarnos, pese a lo que sabemos, del poder de control que tendrían los artefactos sobre los seres humanos.

Sin muchas objeciones, enseñar es hacerse inolvidable para el corazón del alguien, pero para que ello sea

cierto demandará una renovación de los métodos de aula, sin confundir que la reforma tampoco indica mejora. Las didácticas han de comprender el pasado como un tiempo desmayado, no muerto; siempre habrá posibilidad de insertar un nuevo acontecimiento que alimente el presente, pues un presente huérfano está infecundo de realidad; si algún acontecimiento del pasado o del presente encarna cierto dolor, lo mejor es aprender a estar en cierta austeridad del odio y en cierta paciencia con el cambio al que también le caben las clásicas preguntas kantianas ¿Qué podemos creer?, ¿qué debemos hacer? y ¿qué podemos esperar?

Habría que deconstruir tanto odio, deconstruir tanta memoria elefante para atizar el odio; aprender a perdonar lo imperdonable. Si el perdón es posible hay que ser muy generoso, darlo sin ser solicitado, entregarlo sin esperar nada a cambio; Derrida va más allá al insistir que “Para que haya perdón, es preciso que se recuerde lo irreparable o que siga estando presente, que la herida siga abierta”. Es decir, la grandeza del perdón está cuando el dolor de la herida nos acosa, cuando estamos precarios de tranquilidad. Para llegar a esto, a lo mejor se requieren de unas didácticas del perdón, de unas didácticas que se extrañen ante la venganza y que enseñen a perdonar, incluso, de unas didácticas que nos

enseñen a estar en el presente sin odios y con mucha esperanza.

Hemos convenido didácticas para la enseñanza de las disciplinas, didácticas de la matemática, de la filosofía, de la historia, del lenguaje, de la música, de la literatura, de la física, de la química, de la política y así en extenso, pero no tenemos una didáctica del presente, una didáctica que nos asesore para estar en el presente, hay sí una didáctica mediática, una didáctica de la farándula, del ahora que es un falso presente. ¿Será que deberemos acudir a las didácticas del perdón para reconstituir el presente? Quiere esto decir, que basta de buscar culpables para ejercer justicias, requerimos perdonarnos en nuestras flaquezas, en nuestras corrupciones y, una de ellas, ha sido la terrible indiferencia frente al presente. De la corrupción y su infinitud aún estamos a tiempo de aprender, de reconocer sus didácticas.

### **La tragedia de la corrupción, infinita en el tiempo humano**

De las indiferencias del presente, la corrupción es una de las más visibles, sino la más incidente. La corrupción es uno de los acontecimientos que parecen despedir indiferente al presente y hacerle un guiño al olvido. La ciudad es el lugar

donde mejor se despliega la corrupción. De su origen, Ezra (1999, p. 59) algo nos anuncia: “La ciudad antigua era ante todo una fortaleza, un lugar de refugio en tiempos de guerra. La ciudad moderna, en cambio, es sobre todo una plaza de comercio y debe su existencia al mercado alrededor del cual se desarrolla”. Aunque parezca extraño, hay un doble origen de la ciudad que la puede sentenciar, el primero como sitio para esconderse y el segundo para la comercialización, que de alguna manera, han sido las principales fuentes de corrupción. La ciudad nos enseñó a ser corruptos, nos aglutinó en la clandestinidad, nos mostró los caminos para evadir la responsabilidad.

La corrupción es una de las tragedias de la humanidad que se ubica en el pasado, se sabe que en el futuro estará, pero que en el presente no se comprende ni se identifica, es como si la corrupción lograra burlar el tiempo de su acto demencial; adelantar una mirada lingüística a la corrupción nos puede entregar pistas del por qué aprendimos a ser indiferentes con el presente. De hecho, el presente está en deuda, insensible a esta problemática. Ya no es suficiente con la corrupción política, ya se sabe de las religiones, la economía, los militares, la ciencia, la estética, en resumen, todas las actividades humanas se permearon de este gran problema de las sociedades modernas.

Es curioso, pero las lógicas de intervención que son el fundamento de cualquier organización, donde evidencian una flaqueza extrema es en el control de la corrupción. Hay unas estéticas de la dificultad para acercarse a las dinámicas de la corrupción o, quizá, el acto de corrupción es estético en su realización, lo que no permite hospedar la mirada, alojar la audición, abrigar el tacto o internar el olfato en las perversiones que allí se esconden. La mayor crisis de presente se refleja, cual juego de espejos, con creciente dramatismo en su debilidad para afrontar la corrupción, esa es una verdad que desprestigia.

### **La verdad y su desprestigio**

Sí algo se ha desprestigiado es el concepto de verdad, parece que cuando la oralidad era el lenguaje privilegiado, había más necesidad de verdad, había menos artilugios; al llegar la escritura, la verdad adquirió otro sentido, ya no los dioses tenían la verdad, ahora la poseían los hombres a través de la matemática, la lógica, la ciencia o la filosofía, la fragmentan como Serna (2005, p. 57) indica: “La oralidad y la escritura, bifurcan esa conversación que llamamos filosofía”. Y podríamos decirle al profesor Serna que la oralidad

y la escritura también bifurcaron esa conversación que reclama la verdad, es decir, bifurca la verdad misma de tal manera que ni logra distinguirse de la mentira, pasa a ser un extraño simulacro.

Adviértase que la verdad y la creación son mediadas por el poder. Es posible que al presente le ocurra algo similar, que al ser mediado por el poder no tenga identidad. La verdad no es lo que importa sino tener la razón; ese es el lema central de cualquier poder, lo cual se verifica con bastante solvencia en religión, política, economía, educación, en la guerra e incluso en el amor. ¿Posee el tiempo poder o es el poder el que hace del tiempo su otra forma de poder?

Si la verdad se rinde ante el poder, retomando a Cortázar ¿valdrá la pena arriesgar el presente por el futuro?, o en el peor de los casos, ¿que sin arriesgarlo lo tornemos en una bella indiferencia?; es decir, que se acepte la verdad vendida de que en el futuro está parte de la felicidad humana es un riesgo innecesario que el hombre no debería aceptar, pero que si le sirve al poder político, económico y religioso que, como sabemos, los poderes son liderados por pocas personas, pero personas sin escrúpulos.

El presente está huérfano, tiene pocos defensores y, para colmo, de los pocos que tiene, su nivel académico o capacidad política de actuación es baja. A cambio, el pasado

goza de historiadores y analistas en todas las disciplinas; el futuro si que ostenta seguidores e incluso hay una naciente ciencia que se denomina prospectiva o proyectiva. El presente no se puede dar esos lujos, viaja en soledad, quizá, en abandono porque sus adalides son la sociología, la política y la economía, bueno y ya sabemos lo que representan, ya sabemos de sus propios dramas.

Burke, en su texto *Formas de hacer historia*, comprende como dramas de la historia, primero el que se haga mucho análisis político, sabiéndose que la política está en todo el desarrollo de la humanidad; y segundo que se historizan a los grandes hombres. Digamos que esta es una denuncia conocida, pero no indica que se haya superado, puesto que seguimos realizando análisis políticos y contando la vida de los poderosos que, para colmo, el tiempo vital de dichas narraciones no es el presente.

Dentro de este contexto ¿Cuál es la narrativa del presente? A veces, la farándula y los programas noticiosos son los que mejor aprovechan el presente, pero sus narrativas son muy pobres, sus lenguajes muy precarios, entonces ¿El presente tiene lenguajes restringidos? Esto es un tema para filólogos, pero a simple vista el lenguaje no parece tener muchos recursos para describir o comprender el presente. Es posible que precisemos de una nueva gramática o diplomática

para afrontar la indiferencia que tiene el hombre para relacionarse con el tiempo, como de nuevas gramáticas precisamos para habitar el error.

Los errores de la humanidad no se evidencian con prontitud en el presente y cuando se intuyen rara vez se corrigen con éxito. El error es que el presente sólo lo comprendemos en términos mediáticos que no inmediatos y susceptibles de corrección. El poeta Costarricense Carlos Monge escribe: “¿Qué hacer con el error?, ¿apedrearlo en su huida como al perro callejero que raudo y burlón se nos escapa?”. A veces, apedreamos al sujeto del error que es peor. Uno de los grandes errores de la sociedad, aprendidos supongo, es que no atinamos a vivir el presente, no lo identificamos con claridad.

En esta alargada modernidad, la verdad se simula y el presente se fuga, por eso al futuro se le entrega la posibilidad de que se esclarezcan los hechos, al presente le bastan las mentiras, eso lo aprendimos de la ciencia, la religión, la filosofía y, más reciente, de los medios de comunicación. La verdad del presente es que la verdad se sabrá en el futuro, presagio que pronto se olvida.

## **Presagios para no olvidar**

Para no olvidar el presente, para no caer en el futuro como tiempo vital o el pasado como nostalgia, se verifican acontecimientos de humanidad que no hemos logrado superar, porque el presente es casi negado, es un ilustre desconocido; por eso es que el escritor de origen indio Bhabha (2002, p. 20) indica que “El presente ya no puede ser visto simplemente como un quiebre o un puente con el pasado y el futuro, o como una presencia sincrónica: nuestra autopresencia directa, nuestra imagen pública, se revela en sus discontinuidades, sus desigualdades, sus minorías”. En efecto, es una apuesta por un presente que rompe con las dinámicas de comparación por las que atraviesa el cerebro que se supe o complementa en los opuestos; de las rupturas las obras culturales mucho enseñan.

Cuando se refiere a las obras culturales Bhabha afirma que la obra fronteriza de la cultura exige un encuentro con “lo nuevo” que no es parte del continuum de pasado y presente. El asunto es casi llegando a esquizofrenia, puesto que se pide la novedad que rompe o, a veces, desconecta de sus raíces no sólo temporales sino espaciales; es como si lo nuevo emergiera fuera del tiempo, el futuro de lo nuevo llama la atención, quizá desconociendo que el futuro es un tiempo que no existe, un tiempo sin gastar y, por lo tanto, una simple

pretensión, una expectativa; lo curioso es que a lo nuevo se le pide futuro para desalojarlo del presente.

Establece Derrida en su texto *Tiempo y presencia* que la eternidad es otro nombre de la presencia del presente. Este pensador francés hace toda una discusión alrededor del tiempo; al adelantar una mirada más cercana se deduce que: o la eternidad está fuera del tiempo, en un eterno presente o está inserta el tiempo mismo; pero cierto es que la eternidad es un presente deshabitado; subsiste una afirmación, una negación y un deseo de síntesis para el tiempo como quien quiere viajar por la dialéctica de Hegel; sólo los físicos en su idea de viajar en el tiempo nos resolverían esta discusión.

## **Pasado o futuro**

Se nos están convirtiendo en mitos estas formas de conceptualizar la vida. Recordemos que el mito está fuera del tiempo, pero enrola el tiempo. Toda historia es interpretada, así como todo futuro es imaginado. De ser cierto lo anterior, entonces, ¿qué le podemos asignar al presente?

El presente va siendo mito cuando se sospecha que existe, pero no se le puede reconocer. Revelador es Nietzsche (2004, p. 234) cuando nos insta: “Nosotros los hijos del futuro,

¡cómo podríamos estar en casa en este hoy!”. Magnífica exclamación de un hombre que se ha vuelto mito. En la dialógica del pasado y del futuro se inserta el presente que abre un horizonte de posibilidades si la imaginación artesanal y la realidad pragmática lo permiten.

Ahora bien, en el juego de los tiempos, es posible jugarse otras extensiones, nos explica Serna (2009: 103) que “Hay un tiempo que es de nadie, pero nos obliga a todos..., es un tiempo insensible, insobornable que hace de la monotonía su virtud”. Se refiere al tiempo de los astrónomos, al tiempo que no cambia, al lineal. Tal vez, ese tiempo de eterno presente es el que no hemos advertido en las ciencias sociales y lo dejamos disipar en la idea de la flecha, irreversible, de atrás hacia adelante. La física y la literatura de ciencia ficción lucen más creativas para comprender el tiempo, donde sería posible intervenir el pasado para modificar el futuro, donde la imagen del río cuyas aguas se pueden remontar pasa a la dimensión de lo posible. Ficción es exceso de visión, exceso de mirada, exceso de esperanza, como exceso de visión son la Biblia, el Corán, muchos libros sagrados de otras culturas y varias constituciones por mencionar algo más terrenal.

Todos estos textos convocan ficciones, sociedades depuradas, hombres felices, acaso, hombres que olvidaron su pasado y, por lo tanto, viven fuera del tiempo. Sin ser un

realista y aún siendo muy idealista Rousseau no se consuela sólo con el advenir, su exceso de visión es más controlada, lo que no indica más depurada.

Un pensador como Rousseau, todavía tiene la virtud de seducir con su escritura, por ello no se conforma con el futuro y exige una educación del presente, previniendo desde su libro Emilio “¿Qué habría que pensar, pues, de esa bárbara educación que sacrifica el presente a un futuro enigmático, que carga con cadenas de toda especie a un niño y lo hace desdichado preparándole para un porvenir de no sé qué pretendida felicidad, del que tal vez no gozará nunca?” Su llamado es a no ser indiferentes al presente, a no sembrar en la educación esa perversa preocupación por el futuro; sin ser dramático, la educación ayudó a vender la idea del futuro así como los griegos la eternidad o las religiones judaicas la salvación y, no hemos podido resolverlo, se convirtió en mito o, cuando menos, en fantasmas de la humanidad.

Como fantasma de humanidad es la concepción del tiempo presente, del ya, del ahora; por eso el tiempo se nombra de muchas maneras, pero también se mide, de ello Heidegger (1927, p. 79) nos relata: “En los relojes se tiene en cuenta una determinada constelación del sistema sideral. Cuando miramos el reloj, hacemos tácitamente uso de la posición del sol por la que se hace la medición astronómica oficial del tiempo”. Esa

posición del sol y medición astronómica del tiempo ha de ser posible por un hombre que no se fuga a otras épocas y se sitúa en el presente, la imagen que nos deja Heidegger de sol y del reloj, es una imagen de un hombre en presente, quizá, queriéndose comprender en la astronómica oficial del tiempo, queriéndose comprender en algo tan inasible como el tiempo, como la vida misma.

De golpe, un intelectual está en la obligación de no ausentarse del pasado, de comprender el presente y de deconstruir el futuro que nos quieren servir e inventar el futuro, su propio futuro, pero un futuro habitable por otros y con otros, el nosotros del futuro, sin caer, en palabras de Kandinsky, en la hegemonía de lo dramático sobre lo lírico; el intelectual no puede conformarse con el mito ni acomodarse en las sombras de los espantos.

### **Los mitos**

No es de olvidar que mientras Europa se alimentó de mitos desde Grecia hasta Roma y en el siglo XX Estados Unidos nos inventó mitos, Latinoamérica aprendió a crear fantasmas, a gestar espantos, ya sabemos que los mitos son amorales por permitir el crimen, pero sufren de la confrontación humana, al cabo que los espantos producen miedo, nos hacen correr, nos provocan la huida. Tal vez, Latinoamérica se conformó con los

espantos y sólo quiere vivir de los mitos ajenos; pero lo que si bien aprendió fue a fugarse del presente, a verlo como fantasma para procrastinar sus responsabilidades de humanidad.

Algunos riesgos podríamos asumir consultando los mitos por el sufrimiento que muchos de ellos simbolizan; nos dijo el filósofo e historiador rumano Eliade (2001, p. 83) que “Cierta cantidad de sufrimiento está reservada a la humanidad (y por el vocablo “humanidad” cada cual entiende la masa de hombres de que tiene noción) por el simple hecho de que se halla en cierto momento histórico, es decir, en un ciclo cósmico descendente o cercano a su conclusión”. Para colmo, cuando se convoca el presente es para decirle a la humanidad que el futuro está en peligro y que, evidente es, el pasado fue mejor.

Esa noble indiferencia del presente que se puede recoger desde muchos mitos donde se habla de una creación, pero de un final para la humanidad y para el universo es hoy asumida por grupos ambientalistas, religiosos o filosofías de la catástrofe que apoyados en el pasado, haciendo creer que éste ha sido mejor y aprendiendo de los mitos y de las religiones, muestran un devenir tortuoso; no es de olvidar que el mito nos prepara para el milagro. Hay así un curioso regreso —eterno retorno como lo menciona Eliade—, un retorno de la catástrofe y de la validez de los mitos aciagos para así despedir el presente

como tiempo vital y dejar todas las nostalgias en el pasado y las esperanzas en un mesías o en la inmortalidad.

¿Y si el tiempo es mito? Los griegos nos enseñaron a mitologizar el tiempo y luego a historiarlo, no son los únicos, también muchas culturas indígenas hicieron del tiempo un espacio “un más allá”, es el tiempo vuelto espacio; pero quien mejor supo aprovechar esto fue la economía, al vendernos el tiempo como espacio, “habitar un futuro mejor”, “construir o edificar un futuro digno” son el claro ejemplo del tiempo espacializado, por ello hablamos de planificar o diseñar el futuro, y eso es asignarle un espacio al tiempo y, a su vez, pergeña la posibilidad de agendar la vida del hombre por medio de planes o proyectos, no olvidemos que nos hemos dejado someter por el chrónos o tiempo agendado, dejando de lado el aión o tiempo psicológico y el kairós o momento oportuno como posibilidad de elección, la agenda es el mito moderno del hombre: hay que tener planes para todo, aún, para morir. Indica Wallerstein que pocas cosas nos parecen tan evidentes como el tiempo y el espacio; desde esta manifestación es interesante hacerle una auditoría al lenguaje para comprender que evidente no significa simple, porque termina aclarando Wallerstein (2007, p. 162) que “Kairós es el tiempo-espacio de la elección humana. Es el extraño momento cuando el libe albedrío es posible”. Es el tiempo y el espacio confluyendo,

pero no el tiempo travestido de espacio para facilitar el mito de la programación, el mito de los cronogramas que le dicen al hombre cómo, cuándo, dónde, qué y con quién ir o hacer algo; se perdió el libre albedrío, hoy parece expresión reservada para la biblia que sabe tener su lenguaje, que resguarda el secreto de un tiempo perdido.

## Tiempo perdido

Y despertar después de dos mil días  
recién nacida de sueño y olvido.  
Gabriela Mistral.

Despertar del olvido y de tantas otras zonceras es lo que se le pide a la academia, a la política, a la ciencia y, cómo no, a la filosofía. El despertar de la palabra, venida de Gabriela Mistral, es un llamado para cualquier época, a ello no se puede ser indiferente.

Conviene, sin embargo, advertir que no sólo se pierde el tiempo, también las oportunidades que no vienen en desbandada ni por multitudes, nacen en la misma capacidad de aprovecharlas en un tiempo aperturado que no cierra al hombre. ¿Para quién se nace todos los días? El interrogante

cae cual espada de Damocles a esta discusión, si algo nace, algo muere, ese es un eterno presente. Recordemos que la espada de Damocles no sólo representa peligro para el poder, también lo es para sus sirvientes.

Hay una suerte de consenso de que el tiempo perdido acaece en el pasado, aquel que transcurrió y no se supo aprovechar. A medida que se avanza en esta discusión se encuentra que uno de los tiempos que más perdemos es el presente, se le dedica bastante al futuro u otro tanto al pasado, pero no al enlace de ellos. Las artes, donde se han depositado bastantes esperanzas de superar los conceptos del tiempo no parece haberlo resuelto; la crítica se hace más evidente cuando el mismo Proust (1999, p. 302) dice: “Me daba cuenta de que el tiempo que transcurre no trae forzosamente el progreso para las artes”. De seguro, que la discusión se puede ampliar a muchas disciplinas, puesto que el concepto de progreso se ha instalado en el futuro, en un devenir en ascenso, es una herencia de la modernidad. Hay un devenir intuido, un acoger algo que es dado; se intuye el futuro para mal o para mejor, pero no el ahora porque es pobre en su presencia, no lleva progreso ni cambio visible o siquiera comprensible.

Al tiempo perdido, también le corresponden varias desapariciones u ocultamientos, la política nocturna es una

interesante metáfora; como bien lo expone López (2009, p. 31) al decirnos que “Una política nocturna es aquélla que ha roto con las categorías políticas de la modernidad, especialmente con la noción de espacio político o espacio de aparición cuyo origen se remonta a la polis griega. En su lugar, la política nocturna emplea la secuencia interioridad común/fuerza del anonimato/espacios del anonimato. Su objetivo es que el malestar social se politice, que la fuerza del anonimato pueda llegar a expresarse”. Si emerge la política nocturna como alternativa a lo ya conocido, es porque no existe un presente de la política, un presente esperanzador, igual, se podría pensar en una educación de la noche, en una ciencia nocturna, en una esperanza sin luz, puesto que lo diurno, la claridad, no ha logrado desencadenar un presente vital. Tal cual lo expresa el mismo López, “por esa razón la política nocturna es, antes que nada, una política del querer vivir”. Es como si estuviésemos requiriendo un presente nocturno en el sentido del querer vivir, del querer crear que se oponga a un pensar de hierro.

### **Pensar de Hierro**

Un pensar de hierro es cuando se asume que para un problema sólo hay una solución, que a idénticas causas

similares efectos, que una cosa no puede ser y no ser a la vez o que no hay salida a un destino porque es manifiesto. Hemos tenido que transitar por algunos pensares de hierro, unos del afuera y otros, desde la propia cultura. ¿Necesita la sociedad un pensar de hierro? La educación ha hecho bastante por desmitificar esas formas de pensamiento, pero ella misma, ha sabido convertirse, por tiempos, en un pensar de hierro, muchas religiones tienen normas de hierro, igual sucede con los militares, los economistas y muchas ciencias que se comportan como el hierro, rígidos y de temple frío.

De estos pensamientos metálicos debemos liberarnos, no porque se hable de modernidad líquida el hierro ha desaparecido. El presente despedido es un pensar de hierro cuyas formas de esperanzas están en otros tiempos, en otros instantes que no corresponden al ahora, que pueden lucir sin esperanza. Cuestiona Unamuno “¿Se puede ser feliz sin esperanza?” En este caso y acodado en la expresión, no subyace una relación directa entre felicidad y esperanza, salvo excepciones que ayudan a validar la regla, la humanidad siempre alberga esperanza; aunque la misma se posiciona en el devenir, el presente anda desesperanzado, agonizado en sí, enroscado en sí por un raro pesimismo; por suerte, arremete Unamuno (1985, p. 224) que “¿Y si todo esto no fuese sino un ensueño de dios, y dios despertara un día? ¿Recordará su

sueño?”. El pensar de hierro es que olvidamos el presente, que olvidemos los sueños, los procrastinamos, tal vez soñando algo distinto y ello es agresivo contra cualquier idea de felicidad en el presente; pensar de hierro, aquí aplica de ejemplo, también puede ser la insistencia en un tema como pálidos reflejos de espejos.

Bien es añadir una cuestión ¿Cuál es el espejo del pensamiento? En la mitología griega se relata que Narciso muere ahogado por deleitarse con su belleza que se espejaba en un estanque. Si cualquier sistema alberga una fisura, si cualquier proceso es susceptible el error, entonces, el pensar no está exento de equivocarse, para ello hay que sacar o vacunar la conciencia de excesivos formalismos y, tal vez, de su narcisismo, quitarle el espejo.

Por su parte, Juan Quintar nos habla de un pensar con estaño, donde se destaca lo popular como vértice epistémico para comprender la realidad de una comunidad. El llamado es un grito contra los discursos elitistas, excluyentes y apoyados en grandes teóricos —este texto se puede alejar del pensar de estaño—, puesto que la realidad congelada en teorías pierde su movimiento, al cabo que lo popular sigue en ebullición, construye su propia sofía. Cabe aclarar que cualquier texto escrito congela un momento, aprisiona una idea que sólo la palabra logra movilizar y, por más que se exponga,

la oralidad es la mejor expresión de lo popular. Entonces, la indiferencia del presente pasa por las escrituras cuando la letra no tiene voz, cuando el pensar de estaño, el pensar maleable queda supeditado a un pensar de hierro, a un pensar rígido.

El presente requiere un ejercicio de disponibilidad léxica, de flexibilidad, de capacidad lingüística de renovación que permita desvertebrar el tiempo lingüístico que procrastina el hoy. Refiere Cortázar, en el texto *Todos los fuegos el fuego*, con alguna exuberancia: “aunque esto que cuento pasó hace rato, quedan pedazos y momentos tan recortados en la memoria que sólo se pueden decir en presente”. Tal vez, lo escribe para dejar a buen recaudo la memoria y, en parte, para rescatar la potencia del presente, del ahora, del ya.

Al aproximar la mirada, la indiferencia debe afectarse, y si es cierto que buscamos lo que nuestro cuerpo o conciencia nos reclama como perdido ¿Cuándo nos enteraremos de las pérdidas para tratar de recuperarlas?, existen pérdidas que así se substituyan no se reemplazan. Es posible que al dejar fugar la ilusión del aquí y del ahora, estemos perdiendo la posibilidad de habitar el presente y, en consecuencia, estemos permitiendo que el hombre divague, que se pierda en la dialéctica del tiempo y que, como lo cita el nadaísta Arango, ande perdido por no querer buscar, por negarse ese derecho. ¿Si eso es el hombre, qué es el hombre?

Diremos, en consonancia con Pandora, que el hombre, pese a cualquier olvido de humanidad y pese a lo que se diga, es un ser para resistir en la esperanza.

Nadie puede encontrar lo que no está buscando; por eso el hombre anda tan perdido. **Gonzalo Arango.**

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

### Trama III. Memorias y utopías, nuestros olvidos de futuros



*Inmemorian. (2016). Óleo sobre lienzo, Miguel Alberto González González*

Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo

## **Memoria primera**

Tenemos una memoria primera, pero también cultivamos una memoria segunda y hasta una memoria del olvido o, en el peor de los casos, inventamos una memoria para recordar el dolor y justificar la venganza; a las memorias de la humanidad no le quedan muchos caminos si las partes que la integran no reconocen estas dificultades, sino se adentran por sus carencias o sus exuberancias, puesto que hemos venido olvidando el futuro, tanto por exceso de colocación prometeica como por no reconocer la potencia de la memoria para convocar aquellas utopías que la humanidad anhela hacer posible.

Preguntar por nuestros olvidos de futuro es retomar de la memoria aquellas imágenes que aún permite reconstruir un futuro para que las utopías no mueran en su opuesto que son las distopías.

La educación tiene responsabilidades varias, que no se bastan con la transmisión de información teórica o práctica, ni con formar para una profesión o actividad técnica. La memoria de la humanidad no sólo reposa en ordenadores o

viejos libros, requiere ser estudiada para no caer en olvidos innecesarios en las construcciones de humanidad, en las urgencias de utopías que, en el tercer milenio, parecen más necesarias que en otras épocas donde la distancia entre soñar y realizar parecía utópico. Si existen imperativitos, el siguiente requiere ser pensado: no podremos seguir construyendo utopías abandonando el presente para olvidar el futuro.

### **La ilusión humana**

Los hombres tienen la edad de sus arterias, dicen los médicos. Yo diría que tienen la edad de sus ilusiones.  
Arturo Jauretche.

Si los hombres tienen la edad de las arterias o tienen las contenidas en las ilusiones, desde ya estamos internados en dos tiempos que no parecen conjuntarse, el primero es el psicológico o *aión* y el segundo es el fisiológico o *chrónos*, el psicológico que no se cansa de visualizar mundos posibles y transcurre según los estados de ánimo, mientras el fisiológico da cuenta del agotamiento de la materia, donde hasta el presente duele; por así decirlo, una especie de disputa entre la persuasión y la manipulación.

La ilusión humana o aquel deseo de llegar a ser no es unánime, existen muchas ilusiones, una sujeto está rodeado de múltiples posibilidades que bifurcan las ilusiones. Asimismo, ilusión es aquella distorsión de los sentidos, aquella desviación sensorial “No seas iluso que la humanidad no tiene ilusión, tiene ilusiones”; puede ser una respuesta irónica, pero en el sentido que aquí interesa, se comprende la ilusión como un principio de esperanza por algo o alguien que no deja claudicar en la desesperanza, por consiguiente, la ilusión es un resistir en la esperanza. Desde luego que, en una humanidad olvidada, la ilusión es aquella actitud o estado psíquico de ánimo que no deberíamos perder, pero que, a veces, va desapareciendo con la edad o en la frustración de los sueños. En las ilusiones nos creemos dioses, en las realizaciones nos hacemos humanos, demasiado humanos.

Preguntarle a la política, a la religión, a la ética, a la ciencia, o, a la educación por sus memorias y utopías es internarse en toda la historia vegetativa, creativa y formativa del hombre, hablamos de la historia de la escuela, de la filosofía, de la ciencia, de la religión, de la familia, incluso hablamos de la historia de la historia; a todas estas historias hay que indagarle por sus olvidos de futuro, por todas las promesas incumplidas que, muchas veces, le ha hecho y le hace a la

humanidad y que, con una impunidad reprochable, no las cumple.

En los olvidos de futuro, el desencanto tiene una fuerza arrolladora, hay desencanto al devenir de muchas cosas, al futuro ecológico, económico, científico, religioso, social, político y hasta ontológico; hay un desencanto democratizado, de esto Quijano (2008: 13) nos muestra: “En medio del desencanto moderno..., está el desencanto democrático y existencial”. En este sentido, también habría que democratizar la ilusión, una ilusión que nos asista para resistir en la esperanza, lo que no indica esperar en el candor de la eterna paciencia inactiva; esto, cuando menos, llama por un ejercicio de memoria que, por supuesto, no descarte las utopías.

## **Memorias**

A la memoria hay que preguntarle por sus utopías, pero también por sus olvidos de futuro, puesto que el exceso de utopía, el caer en los puros ideales recrean las distopías que podrían conllevar a un olvido de futuro. ¿Olvido de futuro? Sí, el futuro se olvida cuando no se recupera de la promesa o cuando se menciona sin hacerle auditoría, auditar el futuro

como cualquier otro momento del tiempo es imprescindible para no ser objeto de abandonos. Buenos ejemplos de olvidar el futuro lo vemos en la política, la ética, la estética, la cultura, la jurídica y la religión entre otros. El olvido es un problema de la memoria, a esto Abad (2007, p. 247) nos indica: “Y llegará ese olvido y será como un monstruo que todo lo arrasa, y tampoco de tu nombre tendrán memoria”. Para que no llegue ese olvido que lo arrase todo, habrá que preguntarle a la política, a la ética, a la estética, a la jurídica y a la educación, entre otros, por sus memorias que no vayan a ser olvidos de futuro.

**Las políticas:** Los programas que convoca sólo resuelve el futuro de un grupo o un candidato, sus planes para la colectividad son genéricos, difusos y, claro, cuando son propuestas universales, se vuelven vaporosas, pierden contexto, haciendo que dentro de la política duerma más la distopía que la utopía. En la política, la espera de lo posible para no olvidar el futuro se convirtió en mero discurso. La política que tiende, por definición y función, a diseñar programas a largo plazo, pero sin abandonar el presente, no quiere hacer memoria de momentos lamentables o si los recuerdan no se toman en cuenta como posibilidad de gobierno; por ejemplo ante la idea de progreso se han llevado a cabo proyectos macabros, tan sólo por citar uno, tenemos a Sen

(2000: 63) quien nos revela que “El contraste más destacado quizá sea el hecho de que china ha padecido la que es con casi toda seguridad la mayor hambruna de la historia (como consecuencia de la cual murieron de hambre treinta millones de personas en 1958-1961 tras el fracaso del gran salto hacia adelante)”. ¿De qué futuro hablan los políticos chinos de hoy con esas estadísticas? Y así se podría seguir enumerando hambrunas en África, América Latina o Asia; guerras o abandonos económicos donde los políticos parecen esconderse. Sus olvidos de futuro son exactamente esos, no consultar y dar cuenta de aquellas decisiones que fueron catastróficas para la humanidad tan sólo por la ética de no volver a repetirlas, pero la ética de muchos políticos es tan precaria como la de aquellos renombrados criminales.

**¿Las éticas?:** ¿Hay una sola ética o varias? sus propuestas del mejor ser quedan en los ideales, son reservas del papel ¿Cuáles serán las éticas de la memoria? Es probable que la memoria venga con sus recuerdos sin apelar a la ética, lo que se sugiere es una ética del recuerdo sin sed de venganza, pero un recuerdo perenne para no permitir que la memoria muera y se renueven las mismas inhumanidades.

**Las estéticas:** las apuestas por un mundo del goce no deberían desaparecer a los primeros dolores; aunque Unamuno (1985: 185) insiste que “Sólo sufriendo se es

persona... lo que a los seres todos nos une es el dolor, la sangre universal o divina que por todos circula”. En este supuesto que va siendo apotegma concurren imágenes o estigmas de las religiones, donde el sufrir es el camino de la salvación. La estética no está para salvar, pero tampoco para entraparse en defender el dolor o la masacre humana como acto de creación.

**Las jurídicas:** propugnar por un mundo de la inclusión que recurra a la memoria para que los males no se perpetúen tratando de solucionar infamias sociales con reglamentos de policía o leyes de constricción. Sacrificar la libertad por la seguridad es un doloroso olvido de futuro que nos vienen imponiendo en el siglo XXI.

**Las culturas:** no bastarse en las diferencias, consensuar lenguajes para dinamizar una sociedad menos fraccionada y polarizada; el hacer una buena memoria de aquellas comunidades que subsistieron en las dificultades y fueron dignas en las prosperidades puede conducir a un no olvido de futuro. No en vano Foucault insiste en que “Todo ser humano- no es otra cosa que lenguaje, texto, hojas impresas, historia ya transcrita; está hecho de palabras entrelazadas; pertenece a la escritura errante por el mundo entre semejanza de las cosas”.

Lo ambiental: verificar en lo ambiental la posibilidad de reencantamiento, de conexión con los antepasados. El ciberespacio es, en apariencia, una emergencia para reducir el impacto ambiental al no requerir de papel o similares para transitar con la información; las ciberculturas apenas anuncian una relación de sentido ambiental por estudiar. Expone Piscitelli que el hipertexto –o texto electrónico- irrumpe pues como inicio del establecimiento de una nueva genealogía de sentido. ¿Qué tanto lenguaje hiperbólico habrá en el discurso ambiental?

**Las religiones:** las religiones no podrían ser una ruta de sometimiento sino de elección, la memoria de los dioses terrenales y tribales no pueden morir por la dictadura de los monoteísmos. A contrasentido, hemos creído que morirán las religiones, pero poco se ha explorado el nacimiento de nuevas religiones y deidades. La democracia de elegir un dios o una religión no puede ser cercenada; para Julián Serna la religión católica, en versión paulina, democratizó el más allá. Se desprende de lo anterior, que a ningún programa educativo le queda bien restringir las creencias, así estas democratizen o tiranicen el más allá.

**Lo étnico:** ver lo racial como una vía para valorar y no para despreciar, al fin de cuentas, el ser humano quiere venerar su origen, rendirle memoria a su pasado, pero, a su

vez, reducir la incertidumbre al conocer lo que devendrá para su especie. Tampoco suponer que hay unas razas superiores que tienen las llaves del futuro como a veces se le quiere responsabilizar a las comunidades indígenas, delegando en ellas cierta salvación de humanidad, hasta el punto de que se les asigna cierta esperanza, como Zemelman (2010, p. 45) lo deja ver: “¿Podemos enriquecer nuestro pensamiento con la forma de razonamiento de la cultura indígena?”, en la siguiente línea entrega la respuesta: “Por ejemplo, para enriquecer la mirada sobre la función del medioambiente”. Cualquiera entiende que estamos en crisis ambientales, pero creer que el pensar indígena nos puede entregar claves es cimbrar cierto mesianismo que ya no sería exclusivo de ningún grupo racial en particular sino de la humanidad en general; no es de dudar que los indígenas aún nos puedan enseñar muchas cosas, pero por qué no pensamos que un indigente o un adinerado de Manhattan también pueden tener claves para cualquier crisis ¿Por qué la idea de primacías raciales?

**Los tiempos:** tenemos un atisbo lineal del tiempo, por eso se acude al sincronismo o, a una mirada en orden como si el mundo y el hombre no fuese en desbandada y en desorden; la mirada en diacronismo o acronismo si se quiere también pueden enseñarnos a leer ese tiempo amarrado a las agendas que limita al hombre que ni espacio le deja para el

aión, ni mucho menos para el kairós. El tiempo lineal y programado le va dejando a la humanidad un anaquel de agendas. Hay guerras olvidadas, no mencionadas, igual que existen acontecimientos memorables no registrados en la memoria del tiempo social que deberán confrontarse con relatos heroicos que, en lugar de aclarar, esconden, es como si su Dasein o ser ahí no existiese arrojado al mundo, sino que se hubiese alterado por arrojado de un atrevido historiador. Para Heidegger (1927: 391) entonces: “En el proyecto, el Dasein se revela como arrojado. Arrojadamente abandonado al mundo, ocupándose, cae en él. En cuanto cuidado, esto es, existiendo en la unidad del proyecto arrojado y cadente, el Dasein queda abierto como Ahí”. Entonces, el tiempo olvidado, ya no sabe de Dasein sino de espacio, al cabo que el Dasein incorpora el ser, el tiempo y el espacio.

**Las educaciones:** no es inteligente pasar de largo la inferencia que hace Carlos Calvo al acentuar que “contrario a lo que puede parecer, la cultura escolar es más proclive al olvido que al recuerdo”. De ahí que los olvidos de futuro indagarán por los recuerdos, por el pasado que la educación, según el chileno, ya se olvidó, no se recuerda o no se quiere recuperar.

La teoría de restricciones, muy conocida en la administración de empresas en cuanto a sus formas de producción, algo nos puede entregar para estas memorias

desmemoriadas que hoy tenemos, para estas maneras de recordar, puesto que se evidencian ciertos cuellos de botella y, como indica la teoría, no se trata de hacerle un ajuste a toda la cadena sino de aplicar la mejora al eslabón más débil. ¿Cuál será el eslabón más débil o cuello de botella de la memoria? El dolor, la precariedad para concebir la felicidad, el olvido o la urgencia de venganza son aristas para auscultar.

Aunque parezca extraño, la memoria de la humanidad ha venido cayendo en un cuello de botella, en un angostamiento de su capacidad de recuerdo que produce angustia. ¿Qué cambiar? Es un asunto que debe pasar por la educación y las tecnologías que le apuesten a esta problemática, ¿Cómo cambiar? Es una respuesta que requiere elaborar la neurología, la política y la economía que se especializa en administrar; todas, neurología, educación, tecnología, política y economía, sabiéndose que existen políticas de la educación y educación política o economías de la educación y tecnocracia económica, deberán aunar esfuerzos para afrontar el cuello de botella y poder gestar emergencias posibles, al menos, previendo lo previsible.

A la memoria no le podemos permitir el síndrome de muchos latinoamericanos relajados o síndrome del estudiante amodorrado: dejar todo para el último día, esperar salvarse en el publicitado día del juicio final sin haber hecho demasiado por

reconciliarse. Buscar ese problema raíz, no para atacar los síntomas sino la enfermedad y reconocer el eslabón más débil para blindarlo y aprender del más fuerte para llevarlo a todo el sistema son salidas plausibles, más no finales; desde luego y con las dificultades que esto implica, es un ejercicio que se debe emprender en la humanidad, exigirle por sus memorias vitales, sin reducirlo a causa- efecto.

Del mismo modo que existen energías renovables y no renovables, también parece que existieran memorias con similares condiciones. No vaya a sucederle a la sociedad que en la urgencia de renovar o conservar la memoria caiga en la paradoja que Borges (1996: 55) menciona: “Hay quien busca el amor de una mujer para olvidarse de ella, para no pensar más en ella”. No se alude a la memoria para olvidarla sino para ingresar a la utopía de lo pensable, a la utopía de lo posible.

## **Utopías**

La utopía es más necesaria que nunca. Boaventura de Sousa Santos.

La utopía es un no lugar, es un sueño irrealizable, pero como sueño que es tiene alguna realidad, al menos la realidad de querer emanciparnos, de no aceptar el destino de

buenas a primeras. Entonces, no se trata de avanzar en definiciones sobre utopía, lo que precisamos es reconocer en las utopías los niveles de realidad; de ellas, cómo no indicarlo, han emergido los mesías, unos hombres que pretenden resolver los problemas y enfrentar las vicisitudes para que la sociedad encuentre su norte de felicidad, unos Moisés que luego de naufragar prometen —reino de la utopía—, un mundo mejor. En su opuesto aparecen las distopías que, a veces, sirven para prevenir, pero que, en el más de los casos, son construcciones apocalípticas, desesperanzadas. Algún avisado de la época podría indicar que se debe hacer reingeniería a las utopías y resemantizar las distopías para denunciar los mesianismos.

La utopía es pensable, es buscable, porque es una suerte de paraíso perdido al estilo que menciona Proust “los verdaderos paraísos son los paraísos que hemos perdido”. Tal vez, los verdaderos paraísos son los lugares que ahora estamos habitando, el asunto por resolver es si continuaremos creyendo que ya los perdimos. Es así de sencillo, los mesías siempre nos ofrecen paraísos, claro, primero han mostrado el apocalipsis.

## ¿Mesianismos?

Que nos cuiden de todo mesías porque ellos se cuidan con sus seguidores, con sus aduladores, con sus fanáticos. **Miguel Alberto González González.**

Lo único que ha tenido el futuro es tiempo y mesías, unas gentes inventando males y diciendo que los van a resolver, expresión de origen hebreo que significa *ungido* o consagrado, muchos de ellos falsos, pero prometeicos, quienes hablan con boca grande para solucionar los problemas no tanto del presente, sino de los que el futuro va a tener, aventurando e inventando males en una prognosis social o prospectiva del cosmos, visionan una época de vacas flacas, luego, presentan las soluciones sincrónicas como si los problemas sociales y cósmicos se pudiesen resolver con idénticos manuales a los que se escriben para dispositivos electrónicos. Los mesías acuden a las lógicas de la medicina, diagnóstico, pronóstico y terapia, el caso es que sus medicinas son juegos del lenguaje. Del mismo modo podría pensarse en unos mesías para la memoria y otros mesías para el olvido, puesto que cualquier olvido es un problema de la memoria y para la memoria de la humanidad.

Flacos favores se derivaron de movimientos mesiánicos que hundieron a grupos humanos en terribles dictaduras o desapariciones. Hacer de lo evidente, profundo, y de lo cotidiano, sorprendente no fue el principal aporte de los mesianismos que hicieron del rito una verdad, del mito una religión y de la mentira una política.

### **Los mesías**

Explica Castoriadis que cuando una época no tiene grandes hombres los inventa. Los mesías no surgen de un grupo social específico ni en una época destinada, aparecen en cualquier lugar y en cualquier momento, pero en la medida que se han fortalecido los compartimentos estancos del saber y se dividen los grupos sociales, los mesías empiezan a surgir como la breña, mostrándose como revelaciones inamovibles en un tiempo y lugar, algunos vienen de los poderes políticos, económicos, religiosos, científicos y deportivos entre otros.

- **Mesías políticos:** reportan programas para resolver todo tipo de inconsistencias, engañan ofertando mejores futuros, es decir juega con los dos tiempos fugados del hombre, el pasado y el futuro. No tienen problema en ofrecer leyes para corregir el pasado, tal vez, olvidando un principio de la física que Borges (1996: 123) menciona: "Modificar el

pasado no es modificar un solo hecho; es anular sus consecuencias que tienden a ser infinitas”.

- **Mesías jurídicos:** estos mesías quieren solucionar las crisis sociales con leyes, con prohibiciones o con mentidas constituciones. Refiriéndose a las leyes un campesino avisado expresó: “Es mejor no darse cuenta como hacen las salchichas ni las leyes”.
- **Mesías económicos:** hablan de la redistribución de los recursos con rotunda equidad, pero esconden los capitales cuando se anuncia una crisis de las bolsas.
- **Mesías religiosos:** exponen sobre un salvador que, selectivo como los hombres, dejará por fuera a quien no le venere, una suerte de dioses utilitaristas. El sometimiento es la norma, la liberación es metafísica.
- **Mesías deportivos:** prometen títulos y victorias para que los seguidores no se desvinculen. Le juegan a la ilusión del gran triunfo que renace a la siguiente competición; por así decirlo, patentan un llamado de eterna victoria.
- **Mesías medio-miedoambientales:** primero acuden al miedo, a la destrucción y luego ofrecen salidas al drama planetario. Aquí hay una serie de movimientos que, en lugar de enamorar, producen miedo por sus acciones y de ellos se aprovechan las empresas para escurrir sus responsabilidades.
- **Mesías tecnológicos:** referencian nuevos productos que darán mayor comodidad al ser humano; venden la idea de que la felicidad está en la tecnología.
- **Mesías estéticos:** prometen que las artes salvarán la monotonía de la existencia, apuestan por una felicidad en el arte.

- **Mesías éticos:** sugieren que el cumplimiento de las normas sociales del bien ser garantizan una tranquilidad humana; se acude a la voluntad sana del hombre, a la profilaxis del comportamiento.
- **Mesías en la educación:** hablan de un mejor sujeto, de un ser comprometido con el medio, de un futuro honorable; tal vez, desconociendo cuando el maestro Calvo (2008) nos explica que “La educación no es patrimonio exclusivo de la escuela ni de los profesores, al igual como la salud no lo es de los hospitales y de los médicos”. Esto nos esclarece que no es suficiente con hablar, en este caso, prometer mejor educación, requiere de unos agentes dinamizadores y comprometidos que, cual lo sugiere este pensador chileno, no es suficiente con los profesores y la escuela.

¿De dónde nos llegan los mesías? Del poder que gesta ciertos hombres que dicen leer las precariedades de la época. Por algo, nos dice Boaventura si de mesías se tratase, “la única utopía realista es la utopía ecológica y democrática”. A la sombra de esta demanda, se podría extender que para el siglo XXI, la utopía realista, fuera de la ecológica y la democrática, es el rescate de la memoria para no olvidar el futuro, para no olvidar a la humanidad, porque, a veces, nos dan a entender que el hombre está pasando de moda.

## **Olvidos de futuros**

Insiste el poeta Roca “Y entre ebrios lotófagos se olvida ese olvido, Penélope quisiera entrar en esos predios”. Lotófago o quien come piedras se podrá olvidar de su historia por el mismo hecho que representaría triturar rocas, pero Roca nos pone de manifiesto a Penélope como claro ejemplo de luchar contra el olvido; no en vano Homero inmortaliza a la esposa de Ulises, la torna grande, gigante a nuestra mirada por saberse luchadora contra el olvido, contra el olvido del amor, contra el olvido del tiempo, contra el olvido del futuro.

Varios aspectos se pueden considerar para que el ser humano olvide el futuro, varias rocas si se quiere ¿Es posible olvidar aquello que no se conoce como es el futuro? El futuro lo olvidamos cuando no tomamos del pasado aquellos acontecimientos que signaron cierta ruptura de época, cuando se desconoce que su mundo de panoramas brinda horizontes a la humanidad.

A grandes rasgos, configuran un olvido de futuro o un futuro anticuado las políticas de la evasión, las transiciones económicas, los sistema-mundo del trabajo y las zozobras del crimen, entre muchos más.

## **Políticas de la evasión**

Las políticas de evasión de responsabilidad de quienes tienen la profesión de ser políticos y el constante vencimiento o derrota de la clase dominada han permitido que no se reconozca el futuro o que su construcción aparezca anticuada para la gran mayoría de la sociedad; si bien, un futuro anticuado es una paradoja o un oxímoron, quien mejor lo ejecuta son los políticos. Aceptemos, hay un exceso de futuro en la promesa política que es un olvido de realidad, que hace anacrónica la oferta, por no decir, impracticable, lo cual es tan nefasto como el exceso de pasado de algunos historiadores que pueden quedarse en un pasado anticuado que, por consiguiente, también constituye un olvido de presente.

El admitir o naturalizar la idea de que con el paso del tiempo los mismos grupos sociales van regulando y ajustándose a los cambios son un claro ejemplo de las políticas de la evasión; incluso, en economía la autorregulación del mercado que se deja al flujo del tiempo y en las garras de unos pocos refleja una evasión de responsabilidad.

A tenor de lo expuesto, una política de evasión en la educación se cristaliza o patentiza al aceptar o sugerir que la responsabilidad de la enseñanza poco virtuosa recae en el poder con sus políticas y que las buenas enseñanzas recae en los docentes; esto es un buen ejemplo de evasión de responsabilidad que, por supuesto, es una política de

corrimiento, de desplazamiento; frente a ello el adulto o el joven circulan como objetos, como cosas. Ni siquiera el niño es rescatado como lo sentencian las constituciones o como se pretende mostrar en los discursos electoreros; por lo cual, se le entrega un futuro envejecido y, a su vez, impugnando lo sugerido por Gabriela Mistral (2009, p. 108) al escribirnos que “El niño ha de ser lo más vivo y urgente en los afanes y lo más elevado en las esperanzas de una colectividad moderna”, pero un político, un banquero, un gobernante o un profesor de la evasión qué va a estar leyendo textos de poetas, sugerencias de pintores u ocurrencias de filósofos.

### **Las transiciones económicas, el sistema- mundo del trabajo**

Las transiciones económicas que, según Wallerstein, fue el segundo gran sistema-mundo, donde el poder empezó a configurarse desde las relaciones económicas, han sido decisivas en la educación y sus olvidos de futuro. Se vive y se educa para el trabajo. Gramsci nos llama la atención al decirnos “Pero he trabajado, he trabajado para vivir, cuando para vivir debería haber descansado, haberme divertido”.

¿Cuándo viviremos y educaremos para descansar, para divertirnos? Desde que el trabajo pasó a ser un fundamento de la sociedad no para la supervivencia sino para la acumulación de recursos y, por su intermedio, de poder, el giro de la sociedad llegó a niveles de amenazas. Establece Beck que en la Grecia y Roma clásicas, la libertad no se definía en última instancia por el trabajo, puesto que según Beck (200, p. 19) en ese entonces: “La sociedad como tal se definía como un mundo opuesto al trabajo y se llenaba de contenido a través del arte del debate público, del ocio y de la acción política”. De este modo, el trabajo no conducía a la felicidad, muy al contrario de lo que en este siglo XXI se concibe, donde un sujeto sin empleo se considera menos feliz que aquel esclavizado trabajador. Whitman en Canto de mi mismo escribió “Me entrego al ocio y agasajo a mi alma; me tiendo a mis anchas a observar un tallo de hierba veraniega”. ¿Qué dirán de esto los negreros del sistema mundo del trabajo?

Un olvido enorme de futuro es creer que la felicidad humana se va construyendo desde el trabajo, como si no fuésemos capaces de vernos ni mucho menos pensarnos sin trabajo; como si la condena citada en uno de los afamados libros de religión “Ganarás el pan con el sudor de la frente”, en vez de rechazada fuese aclamada; ya Derrida nos advirtió que

es necesario pensar a la humanidad sin trabajo y eso si colapsaría el sistema-mundo del trabajo, quizá.

## **Zozobras del crimen**

Aunque parezca extraño, no se investiga la realidad criminal que pueda emerger de los jóvenes y, por ello, las reglamentaciones o medidas gubernativas que se implementan no solucionan el problema; el crimen avanza con una fuerza inusitada. Con suma facilidad, se pasa de la disparidad al disparate, donde la solución no acude al problema porque está fuera del tiempo y del espacio, tal vez, ajustándose a lo escrito por el poeta Marinetti: el tiempo y el espacio se murieron ayer.

Acéptese o no, contradictores los hay por doquier, pero los sobresaltos económicos deciden el porvenir de cualquier institución política o educativa del momento; el futuro, en este sistema-mundo del poder del dinero, depende de sus fluctuaciones, no de las urgencias o intereses sociales; aunque criminal también es el banquero o empleador que aprovecha las zozobras del mercado para abusar del ciudadano o del asalariado.

En este punto de discusión aparecen otras zozobras no menos dramáticas, las deportivas, las estéticas del cuerpo,

las drogas o alucinógenos que emergen para soportar la existencia, donde son mediados por mezquindades económicas; no hay deporte, cirugías estéticas o alucinógenos que no escondan ciertas pandemias de prácticas criminales; atrás de esto aparecen unas mafias que rompen los ideales de humanidad en torno al deporte, a la belleza, a la felicidad y a la salud. El no enfrentar estas tensiones acelera el abandono del presente y el olvido del futuro.

### **¿Olvidamos el futuro? ¿Y la educación?**

El cerebro no es un vaso para llenar,  
sino una lámpara por encender.  
Plutarco.

El autor de *Vidas paralelas*, tuvo claro que no debemos concebir el cerebro como un depósito sino como un faro; de seguro, y si así no fue pensado, es un mensaje directo para la educación. La educación olvida el futuro cuando apuesta a teorías que desestructuran al sujeto, que lo alienan, en el mismo instante que comprenden el progreso como una flecha hacia adelante que, además de incontenible, arrolla a cualquier opositor.

La educación olvida el futuro al procrastinar o arrojar para mañana lo que hoy se puede hacer; al desconocer o abandonar los horizontes y bastarse en los límites; cuando se desconecta de una conciencia histórica, ese no valorar la historia, su mundo de posibilidades, al convencerse de que el devenir se hace, en la ceguera de la soberbia, sin revisar el pasado, da así espacio para abandonar el presente y olvidar el futuro.

Olvidamos el futuro por ironía, bien sea intelectual-abstracta o material-práctica, también por las paradojas de los poderes económicos y políticos; por desconocimiento al no dar lectura de aquello que pone en peligro al sujeto y, cómo no, a la especie; se olvida por capricho o por imprudencia y por sevicia se violenta la ventana al futuro; también se olvida el futuro por cobardía, por miedo al peligro, por silenciar, por hablar con premura o por simple pereza.

Se abandona el futuro cuando no se incluye el sujeto; por retórica parlamentaria del ejercicio infame de la palabra mentida. La educación olvida el devenir cuando se limita a transmitir teorías o saberes, cuando ve en el estudiante un cubo vacío para rellenar con información, cuando encuentra que el docente sólo debe acatar los reglamentos y currículos, cuando no da espacio para las artes, para la risa y para la fiesta de la creación; con lo cual no hace eco a las palabras de

José Martí (2009: 85) que dicen: “Las escuelas de abecedario, dicho sea sin exageración, deben ser sustituidas por las escuelas del acto... y al niño que ha de vivir en la tierra, no le enseñan ni la tierra ni la vida”. Aún tenemos, tal vez más que antes, escuelas, colegios y universidades del abecedario, de la teoría sin práctica y sin enseñar, como lo expone Martí, la vida.

La educación olvida el futuro cuando confunde cantidad con calidad, información con conocimiento, orden con sabiduría, memoria repetitiva con inteligencia; cuando en sus prácticas y teorías no va en rescate y construcción de una ciudadanía activa, de un sujeto en conciencia histórica donde lo pensable y lo impensable tengan espacio, donde lo inédito sea posible, donde el aula sea un continuum entre teatro, foro y faro.

### **Las ignorancias**

Frente a los olvidos no emergen muchas alternativas, puesto que olvidar es borrar la historia, es borrar esperanzas, borro, luego existo; nótese que, a veces, se olvida por conveniencia, otras por débil registro de la memoria que se va tornando en ignorancia, aunque como diría un poeta: la ventaja del ignorante es que no debe desaprender para aprender. Quizás algo de ignorancia, en el sentido de

abandonar la pedantería, nos permita acudir a la memoria y a la utopía que se desprende del sueño humano. Sin duda, hay que contar con los límites internos y externos del sujeto, con sus mitos o demonios, con sus apetencias e irregularidades, con sus olvidos o ignorancias, esto para no facilitar un olvido de futuro. Ahora, es posible que con el modelo educativo actual no se resuelva la pregunta por la ignorancia; sin desconocer que el pasado no ha sido pésimo como, en momentos, queremos mostrarlo y que quizás somos mejores de lo que nuestra implacable crítica enrostra, pero, acaso, peores de lo que un exacerbado optimismo quiere silenciar.

### **¿Utopías o distopías?**

Es probable que occidente no pueda volver a entenderse sin utopías como el hombre sin sueños; esto porque en lugar de luz, muchas veces, tales construcciones lingüísticas han desencadenado dolor, en una especie de mano izquierda de la oscuridad.

A pesar de los riesgos, las salidas se deben construir para jamás olvidar el futuro, sabiendo que en lo opuesto a la utopía está la distopía que muestra un futuro sin esperanza, un futuro que alerta sobre ese mundo de posibilidades. Es bueno

recurrir a lo que González (2009, p. 18) menciona: “La utopía es trascender el topos, viajar al otro lado del entorno, de lo dado; es una hija del tiempo, descendiente directa de los sueños humanos”. En el mismo sentido distopía es una inconformidad con los sueños de las utopías, es una especie de anestesia a las exageraciones de futuros dinámicos con sociedades ideales y sin dificultades. En cambio, la distopía es un futuro perverso o agorero que muestra una sociedad poco dócil y apocalíptica. La distopía o cacotopía, por terrible que parezca, es el polo a tierra de aquellos ideales humanos libres de problemas. Por lo tanto, es inteligente aprender a respirar en los extremos sin habitarlos para siempre, sin demonizarlos y sin sacralizarlos, ni sólo utopía ni sólo distopía, pero tampoco silencio.

Si privilegiamos el silencio, recortaremos la posibilidad de nombrar el mundo, de nombrar las utopías y, por supuesto, de comprender las alertas que nos dan las distopías. La humanidad siempre tendrá inspiraciones para evitar el olvido del futuro al ver la poesía como paisaje lingüístico de creación; al destacar la pintura como recreación de los colores que puedan dar cuenta de las distopías y utopías para no quedarse en la simple formulación de los contrarios.

La educación debe aprender a diseñar avenidas de pensamiento cargadas de emoción, es decir, apostarle a esta

utopía que aún vale la pena seguir estructurando para que el futuro no nos olvide. Hacer que el medioambiente pase a ser preocupación del grueso de la comunidad y de las grandes potencias, buscando un desarrollo sostenible que satisfaga las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer las generaciones venideras. A la educación le corresponde aprender a leer los cambios sociales y a vivir expectante para entregar alternativas de vida y subsistencia. Como la educación en abstracto poco nos resuelve, hay que depositar la confianza en el maestro, regresarle su protagonismo, pero el docente debe sentir y sentirse como un hombre de esperanza, esto para superar la advertencia de López (2009, p. 115) cuando insiste que “La falta de confianza de los profesores, generalmente viene aparejada con la falta de esperanza, que los hace conformarse con la rutina y cerrar las posibilidades de búsqueda de alternativas”, al recuperar la confianza en su quehacer podrán dinamizar los procesos de memoria, de utopías y de no olvidos de futuro. Aunque parezca inactual, sería revolucionario insistir más en el amor que en el saber, sobre esto el maestro Serna (2009, p. 83) expone: “El hombre es bueno cuando sabe, dice Platón, pero el déficit motivacional de las éticas cognoscitivas lo desvirtúa. El hombre es bueno cuando ama, aventura Hölderlin”. De seguro, se arriesga menos con el amor que con el saber, al fin de cuentas llevamos

siglos luchando por tener sabiduría y, pese a ello, el hombre labra más tumbas y elabora más armas; entonces, tendríamos que figurarnos lo por venir con un hombre que ame más y sepa menos, que no finja el amor.

En buena lógica, la educación requiere intuir que no se puede modificar la profundidad sin alterar la verdad; cualquier idea de transformación rompe las verdades de altura, de profundidad y de superficie. Hemos perdido vocación de utopía y nos conformamos con las distopías; con aceptar el “laissez faire, laissez passer”; con asentir que el destino ya fue diseñado y sólo resta cumplirlo; con indicar que no se puede modificar el camino; con gritar que se está acorralado o con cerrar los ojos y practicar la sordera; convirtiendo estas acciones en juegos del lenguaje que contribuyen a olvidar el futuro y, por edicto, a olvidar a la humanidad.

Los deseos de materializar los sueños del pasado o las ideas perfeccionistas del futuro, por más detallados que sean, suministran unos panoramas lujuriosos que, como indica Boaventura en el texto *De la mano de Alicia*, la conversión de uno de ellos en realidad es el fruto de la utopía. Visto así y aunque parezca extraño, para hacer posible una idea del pasado o una visión de futuro dependerán del diálogo que emerja entre memoria, resistencia y esperanza.

¿Será el cambio la solución? Nos dice Ruiz (200, p. 33) que “El cambio no sigue una trayectoria lineal porque dentro del propio proceso de cambio surgen incertidumbres, dificultades”. La incertidumbre ronda en todo el devenir humano, y eso no es un nuevo engendro ni el último descubrimiento televisivo, en ese campo hace unas

¡centurias! se adelantó Heráclito con su eterno devenir. Ahora, cambio no siempre significa mejoría, lo cual saben muy bien los administradores gubernamentales.

Baste decir que mientras las instituciones educativas sigan pensando en entregar cartones, mientras sus docentes rondan la desesperanza y mientras sus producciones académicas no salgan de sus puertas, sus méritos se irán a menos, no tendrán memoria ni utopía porque, para su mala reputación, cualquier esperanza de cambio será una decisión de otras instancias. Ver en el pasado futuro es típico del judaísmo, la Biblia configura un buen ejemplo de lo mencionado, el caso es que ya no tenemos nuevos libros de esa dimensión y dicho vademécum ya cumplió con su tiempo y la educación aún no aventura un libro de tales magnitudes; por ello es que en la educación se ensaya lo nuevo como si no hubiese pasado; por lo tanto, urge darle memoria a la educación, permitirle utopías a la educación y preguntarle por sus olvidos de futuro, para luego humanizar a la educación y,

por curioso que parezca, educar a la educación desde sus propios tratados.

¿Y la corrupción? la educación tendrá que abordar este terrible flagelo de la humanidad, porque allí se anidan muchos de los desastres conocidos o por conocer; tal vez, se deberá hacer un ejercicio hermenéutico donde se ponga a los hombres en diálogo franco con espacios y épocas que no vivimos, pero que heredamos.

Corrupción es la explotación de los niños, corrupción es abuso de poder, corrupción es cerrar los ojos ante cualquier violentación, corrupción es olvidar el futuro; entonces, así como el maravilloso Quijote perdió la cordura por cumplir sus ideales, nosotros debemos seguir los ideales sin perder la cordura, para así contribuir de modo eficaz en el fortalecimiento de esa sociedad clamada por todos. Esa es la memoria y utopía de una humanidad para que no tenga olvidos de futuro. Por fortuna, en el peor de los casos, aún, en los peores momentos, la esperanza clama por su lugar.

Ya no se trataría de construir el futuro, sino de deconstruirlo y reconstruirlo al estilo no apolíneo sino dionisiaco, porque el futuro ya lo hicieron por nosotros, lo hicieron los otros, lo planearon para nosotros los de siempre, los que siempre escondidos nos venden desesperanzas para dominarnos, nos venden apocalipsis para asustarnos.

Finalmente, se expone que toda cuestión tiene dos puntos de vista, el equivocado y el nuestro, aspiramos que dentro de estas memorias y utopías de la humanidad, nuestros olvidos de futuro tengan más que dos puntos de vista para que el pensamiento no se amañe en lo binario ni se escape a la gravidez del suelo.

¿Todo pensamiento sufre la gravidez del suelo, o es posible lograr un pensamiento que escape a toda gravitación? Rodolfo Kusch.

## Resistir en las esperanzas

La libertad que el artista necesita se obtiene alejándose del príncipe y del mercado.

Octavio Paz.

Hasta cierto punto, alejarse del príncipe y del mercado va siendo una tarea de iluminados, de hombres superiores que no siempre son los artistas porque muchos han vendido sus ideales a dictadores y siniestros líderes que les gusta hacer sonar las campanas de guerra. ¿Cómo conquista la libertad la gente de a pie? Grueso interrogante que la política, la economía, la religión y la educación no alcanzaron a resolver en la modernidad, se rajaron y se rasgaron ilusiones.

Justo es indicar que a los horizontes humanos les yerguen muchas posibilidades dentro de los límites que se les quieren signar; de las precariedades que desgarran a la humanidad, por fortuna aparecen las esperanzas de construir sin atesorar, de edificar sin dejar personas en los cimientos y de entregarle los mejores sueños al universo. Hay una perfumada oscuridad, una vuelta a la edad media, un retorno al oscurantismo o neoscurantismo que nos pone más cadenas que las de aquella época, porque al menos nadie debía rendirle

tributo a tantas instituciones o marcas como sí ocurre en este siglo XXI.

Para el caso, al rasgar la modernidad nos quedan fisuras, ataduras, temores e incertidumbres por una época en perspectiva, pero que aún no logramos intuir; denominarla posmodernidad nada resuelve, es un consuelo lingüístico que deja la situación de humanidad en un vacío, tal vez, neoscurantismo sea una expresión que puede describir este momento histórico de la humanidad, por ello el principio de la esperanza, Bloch, aún nos seduce, hay que resistir en la esperanza y con esperanza.

Sin orden ni concierto, los desesperos de modernidad arrastran no sólo ideas sino, que es lo más lamentable, personas que habitando en una indiferencia de presente pueden olvidar el futuro; de ahí que la esperanza aún subsiste, la esperanza en la educación con sus didácticas que, a veces, parecen inferiores a las didácticas orquestadas por la guerra, por el comercio o por los modernos negreros que son los medios de comunicación, pero la resistencia debe venir de todas las huestes sociales para permitirnos la esperanza.

La amistad, tan cara a los ideales altruistas de humanidad, se ve amenazada, sitiada por un desarraigo creciente, por las lógicas de acaparamiento, cuyo nodo de articulación es la utilidad. El cosmos y el caos se pusieron en

venta, precariedades que desgarran y arriesgan a un consolidado olvido de humanidad; a estas arbitrariedades deberíamos aparcarle una esperanza resistida a la debacle.

Así las cosas, al platicar con el tiempo se descubre que los límites de la humanidad se siguen construyendo con la máscara de la libertad, que el futuro de la humanidad se sigue rasgando bajo los protocolos del poder; desenmascarar y desenmascaramos para solidificar la democracia de la libertad o incluso resistirnos a la dictadura de la democracia para no ser esclavos defensores de la libertad son tareas pendientes, son asignaturas sin aprobar.

El auténtico artista rasga sus tiempos, los rompe, transgrede la cotidianidad. Explica Castoriadis que la gran literatura, igual que la gran pintura, hace ver algo que estaba ahí pero que nadie veía; y al mismo tiempo hace existir eso que nunca ha existido y que sólo existe, precisamente, en función de la obra de arte. Le podríamos responder a Castoriadis que el gran problema es que la población aumentó en proporción geométrica y los artistas en proporción aritmética: es decir se multiplicó la ramplonería, por eso, a los capitalistas les quedó tan fácil consolidar la tarea de homogenización; lo que esos capitales no podrán hacer es quitarnos la idea de resistir con esperanza, de soñar unos tiempos y espacios menos

dramáticos para los seres vivientes y, claro, para los no vivientes.

A la luz de la tinta regada en estas páginas, se comprende que ser un artesano de los horizontes humanos y un labrador de la palabra que se niegue al binarismo merece tanta atención como los artesanos y labradores que, el maestro de Bolívar en su salvaje soledad, pedía en su proclama; quizás al rasgarle a la modernidad sus orgullos y al tiempo sus murmullos hallaremos unas capas que estaban ahí, pero que no reconocíamos; entonces, nos percataremos que artesanos y labradores con mano dionisiaca, y ante la ausencia de artistas libres, podrían ser la auténtica esperanza en los paisajes de vacío de una humanidad que aún no quiere ser olvidada.

Los artesanos y labradores es una clase de hombres que debe ser tan atendida como sus ocupaciones. Simón Rodríguez.

## **Epílogo. Cuando pensar es el vivir**

La humanidad duele, asombra y preocupa. Duele su condición en el presente, duele su forma de admitir los signos de una realidad que en lo diverso se torna difusa y dolorosa cuando no encontramos explicación para la violencia, el extremismo y la exclusión. Asombra por su capacidad de inventarse, por su huella en un presente histórico. Preocupan, de esta humanidad, sus cambios intempestivos en la tabla de valores, la insolidaridad, la enajenación, los peligrosos mesianismos —a falta de grandes seres—, el desastre ecológico que ocasiona el accionar ciego. Tres formas de la condición humana, pero una sola crisis que puede leerse desde la periferia: la crisis de ser en los límites de lo moderno.

Los seres humanos se encuentran en cuidados intensivos y bajo observación. Los síntomas son variados y el tratamiento aún no es claro. Con dolor y preocupación, y bajo el asombro que alimenta el pensar, y sin olvidar la amplitud que extiende un sueño, el escritor Miguel González se acerca a la sala de cuidados intensivos y diagnóstica.

Se acerca al enfermo como quien se acerca al espejo para saberse otro, para mirarse en el otro lo que lo constituye. Se pregunta el escritor: ¿Cómo enfrentar el poder cuando éste radica en el lenguaje? Más adelante hace una afirmación: la modernidad es engendro del capitalismo. Y como si fuera poco, invita a la acción: desgarrar el tiempo, devastar sus lo que pasa en estos tiempos de lo que él denomina el pososcurantismo, propio de una “alargada modernidad” de verdades simuladas y presentes en fuga. Pero esa insatisfacción es la que lo obliga a enunciar su propia verdad con los jirones de otras verdades.

Sin embargo, este optimista experimentado está dispuesto a darlo todo por otras formas de la esperanza: ser como colectividad, ser como posibilidad, afrontar con las armas de la razón el “pensar de hierro” y su deriva: la doctrina metálica. De ahí que al observar el dolor de los demás y al contemplar su imagen en el espejo, el escritor dé lugar a la esperanza, es decir, dé lugar al tiempo.

Esperanza y tiempo son los grandes temas de este libro. También el “desespero”, aquello que causa dolor, que puede llevarnos al abismo. No obstante, siempre habrá una salida, algo que nos permita resistir en el querer ser, como lo indica el escritor. Y la escritura es la gran resistencia, la gran esperanza de nombrar ese dolor y de empezar a asumir una

pérdida que a menudo se queda en el delirio por un pasado que pudo ser, por un presente que lo es en su imperfección y por un futuro que se convierte en deseo: “Se abandona el futuro cuando no se incluye el sujeto”, sostiene el ensayista. El tiempo, en este caso para el escritor, es un tiempo que se mueve y con ello entendemos el tiempo que obliga a cambiar y transformar lo que de humanos hemos heredado.

Con un tono que recuerda a los escépticos, Miguel González señala un lugar en este presente continuo. Lo suyo es pensar los signos de la realidad histórica que él observa en declive y que, en términos metafóricos, suele llamar “abismo”, “enajenación”, “desgarradura”, “deseo”, “vigilancia”, “desencanto”, “pesimismo”. Pero también, en términos de esperanza, se detiene en ciertos temas de agenda: “lo ambiental”, “lo jurídico”, “lo étnico”, y, claro, aquello que de civilización va de la ética a la estética. Es decir, el ensayista suele llamar a esta realidad de hoy, con algunas de las palabras que los románticos del XIX solían llamar su “mal de siglo”, su desaliento, su Ennui.

Sólo que a esta realidad de hoy, el escritor le agrega algo que lo mediático trivializa: más violencia, más vigilancia, más control, más desastre humano. “El tiempo adquiere sentido en el movimiento”, nos recuerda el escritor, como también nos

recuerda una sentencia socrática desde la que tal vez el propio escritor parte: “Quedé desfallecido escudriñando la realidad”.

Con todo y lo desfallecido, el escritor insiste en hacer preguntas, en cuestionar lo visible, el espectro de lo objetivo, como corresponde a los herederos del escepticismo. A veces piensa en voz alta cómo debería ser la relación de los seres humanos con la ciencia y la Historia, y aparece en él ese tono didáctico que nos recuerda sus preocupaciones por los grandes temas de la Educación y que nos recuerda a su vez, que las muchas preguntas aquí expuestas quieren animar muchas respuestas, porque aquí no hay espacio para ningún discurso impositivo y mucho menos para el dogma; de hecho el escritor se refiere al problema de las religiones y al tema de Dios; se refiere, en últimas, al problema de la trascendencia.

Para ello apoya sus intuiciones en los filósofos más diversos: desde los antiguos a los modernos, desde los nihilistas a los apocalípticos. No contento con ello, apoya también su mirada despierta en la literatura y desde allí, despierta en el lector la idea de que pensar el mundo y su realidad, deviene tan complejo, como leer a Proust, a Cortázar, a Saramago.

Miguel González defiende unos puntos de vista en torno al estado del espíritu que es la modernidad, al tiempo que busca señalar unas salidas próximas al ser que deviene y

acontece. Son varias, pero las más importantes quizá sean éstas: enfrentar al vacío con el pensamiento, impulsar la igualdad de género, instaurar la oralidad como un nuevo relato de la ciencia, habitar la ciudad como un estado de libertad y aceptar la desgarradura del tiempo como síntesis de una búsqueda profunda que supere incluso los límites de cualquier estética.

Más allá de que estemos de acuerdo o no con algunas de sus valoraciones en torno al fenómeno de la modernidad y a ese otro discurso que ha hecho carrera, la posmodernidad, con este libro de Miguel González tenemos la sospecha de que la realidad histórica y este presente continuo necesitan ser pensados para despejar sus signos y aclarar sus confusiones. En revelarlos, en comprender sus variantes, empezamos a tener de nuevo una esperanza.

No todo es silencio, no todo es ausencia: “Si privilegiamos el silencio, recortaremos la posibilidad de nombrar el mundo”, sentencia el escritor. Cuando el pensar es el vivir, la palabra, su “despertar”, al que alude Miguel, sirve de puente a esa aventura que toca los nervios de la memoria y a ella, como se sugiere en este libro, hay que interrogarla por “sus utopías” y por “sus olvidos”.

He aquí el valor de este ejercicio de pensamiento que nos propone un escritor, un educador, un hombre que aún

se resiste, desde el escepticismo y el inconformismo, a lanzarse al vacío.

**Rigoberto Gil Montoya.** PhD en literatura.  
Docente Universidad Tecnológica de Pereira,  
Colombia.

## Bibliografía.

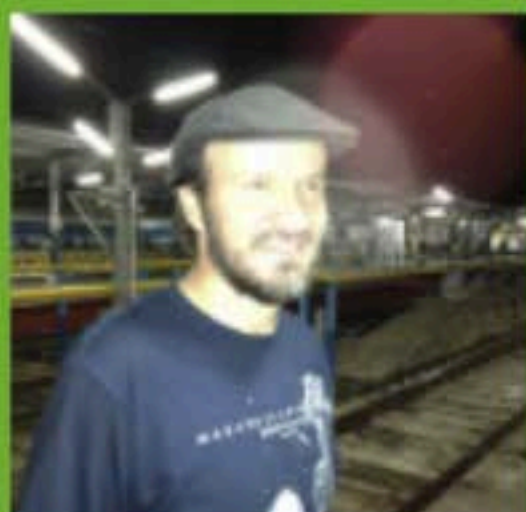
- Abad Faciolince, Héctor. (2007). El olvido que seremos. Bogotá: Editorial Planeta.
- Arango, Gonzalo (1999). Todo es mío en el sentido que nada me pertenece. Bogotá: Plaza y Janés.
- Arundel, Honor. (1965). La libertad en el arte. México: Editorial Grijalba.
- Bauman, Zygmunt. (2006). Modernidad líquida. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Beck, Ulrich. (2002). La sociedad del riesgo global. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Beck, Ulrich. (2000). Un nuevo mundo feliz. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Bhabha, Homi (2002). El lugar de la cultura. Buenos Aires: Manantial. Original 1994.
- Borges, Jorge Luis. (1996). El Aleph. Buenos Aires: Emecé Editores. Original 1949.
- Bourdieu, Pierre. (2008). Las estructuras sociales de la economía. (2ª edición). Buenos Aires: Manantial.
- Bruner, Jerome. (1987). La importancia de la educación. Barcelona: Paidós Iberia.
- Burke, Peter. (1996). Formas de hacer historia. Madrid: Alianza Editorial.
- Calvo Muñoz, Carlos. (2008). Del mapa escolar al territorio educativo. Santiago de Chile: Nueva Mirada Ediciones.
- Cassirer, Ernst. (1967). Antropología filosófica. México: Fondo de Cultura Económica. Original 1944.
- Castoriadis, Cornelius. (2008). Ventana al caos. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Chhaya, Mayank. (2009). Dalai Lama. Una biografía autorizada. Bogotá, D. C.: Grijalbo.
- Coetzee, John Maxwell. (2007). Desgracia. Barcelona: Debolsillo. Original 1999.
- Cortázar, Julio. (1963). Rayuela. Madrid: Editorial Sudamericana. Damasio, Antonio (1996). El error de Descartes. Barcelona: Grijalbo.
- De Santos, Boaventura. (1998). De la mano de Alicia. Bogotá: Ediciones Uniandes.
- Delumeau, Jean (1989). El miedo en occidente. Madrid: Taurus. Derrida, Jacques (1971). Tiempo y presencia. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Durkheim, Emili (1984). Las reglas del método sociológico. Madrid. Morata Ediciones. Original 1895.
- Ediciones Esquilo. Ltda. Original 1762.
- Eliade, Mircea (2001). El mito del eterno retorno. Arquetipos de repetición. Avellaneda, Argentina: Verlap.
- Escobar, Navarro, Víctor (2000). Batatabati tinto. Pereira: Fondo Editorial de Risaralda.

- Ezra Park, Robert (1999). La ciudad y otros ensayos de ecología urbana. Barcelona: Ediciones el Serbal. Original 1952.
- Foucault, Michael. (1970). El orden del discurso. Barcelona: Editorial Tusquest.
- Foucault, Michael. (1991). El sujeto y el poder. Bogotá: Ediciones Carpe Diem.
- Galeano, Eduardo (1978). Las venas abiertas de América Latina. Barcelona: Ediciones la Cueva. Original 1971.
- García Canclini, Néstor (1990). Culturas híbridas. México: Editorial Grijalbo.
- Gentili, Pablo (2007). Desencanto y utopía. Buenos Aires: Homosapiens Editores.
- González González, Miguel Alberto. (2010). Umbrales de indolencia. Educación sombría y justicia indiferente. Manizales: Universidad de Manizales.
- González González, Miguel Alberto. (2005). Visión de filósofos y literatos sobre el devenir de la universidad. Manizales: Universidad de Manizales.
- González González, Miguel Alberto. (2009). Horizontes Humanos: límites y paisajes. (3ª edición). Manizales-Colombia: Editorial Universidad de Manizales.
- Guarín Jurado, Germán (2004). Razones para la racionalidad en horizonte de complejidad. Manizales-Colombia: Editorial Universidad de Manizales.
- Heidegger, Martin (1927). Ser y tiempo. Santiago de Chile: Edición electrónica de [www.philosophia.cl/](http://www.philosophia.cl/) Escuela de Filosofía Universidad ARCIS.
- Hesse, Hermann (1979). El lobo estepario. México: Editores Mexicanos Unidos.
- Honneth, Axel (2009). Patologías de la razón. Madrid: Katz Editores.
- Kandinsky, Vassily (1994). Punto y línea sobre el plano. Buenos Aires: Andrómeda. Original 1923.
- Kusch, Rodolfo (1978). Esbozos de una filosofía antropológica americana. San Antonio de Padua, Argentina: Ediciones Castañeda.
- Latour, Bruno. (2007). Nunca fuimos modernos. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- López Petit, Santiago. (2009). La movilización global. Breve tratado para atacar la realidad. Madrid: Traficante de Sueños.
- López de Maturana, Silvia. (2009). Los buenos profesores: educadores comprometidos con un proyecto educativo. La Serena, Chile: Editorial Universidad de la Serena
- Lyotard, Jean Francois. (1987). La condición posmoderna. Informe sobre el saber. Madrid: Ediciones Cátedra S.A.
- Martí, José. (2009). "Revolución de la enseñanza". Revista Aquelarre Nro. 16, 85-94. Ibagué, Colombia: Editorial Universidad del Tolima.
- Mistral, Gabriela. (2009). "Vida de los colegios". Revista Aquelarre Nro. 16, 101-108. Ibagué, Colombia: Editorial Universidad del Tolima.
- Monge, Carlos. (2009). Fábula Umbría. San José de Costa Rica: Editorial Universidad Nacional.
- Nietzsche, Friedrich. (2004). La Gaya ciencia. Buenos Aires: Ediciones Libertador. Original 1882.

- Nietzsche, Friedrich. (1998). El nacimiento de la tragedia. Madrid: Editorial EDAF. Original 1872.
- Pamuk, Orhan (2009). El museo de la inocencia. Barcelona: Plaza Edición.
- Piscitelli, Alejandro (2002). Ciberculturas 2.0. Buenos Aires: Paidós.
- Proust, Marcel (1999). En busca del tiempo perdido. El tiempo recobrado. Buenos Aires: Pluma y Papel. Original 1927.
- Quijano Valencia, Olver (2008). Posibles y plurales. Analíticas para no perder el acontecimiento. Popayán, Colombia: Editorial Universidad del Cauca.
- Quintar, Juan (2007). Pensarconestaño. BuenosAires: Universidad de Comahue.
- Rincón, Carlos y Serna Arango, Julián (2009). La palabra como provocación. Barcelona: Anthropos.
- Roca, Juan Manuel (2004). Ciudadano de la noche. Bogotá: Universidad Externado de Colombia.
- Rousseau, Jean-Jacques (2002). Emilio o de la educación. Bogotá:
- Ruiz Ruiz, José María (2001). Como mejorar la institución educativa. Bogotá. D. C: Cooperativa Editorial Magisterio.
- Sabato, Ernesto. (2000). La resistencia. Bogotá: Seix Barral. Saramago, José (2006). Ensayo sobre la ceguera. Bogotá: De bolsillo. Original 1995.
- Sabato, Ernesto. (2006). Antes del fin. Buenos Aires. Seix Barral.
- Sen, Amrtya (2000). Desarrollo y libertad. Barcelona: Editorial Planeta.
- Serna Arango, Julián. (2009). Heterodoxias. México: Ediciones sin nombre.
- Serna Arango, Julián. (2005). La filosofía nace dos veces. Barcelona: Anthropos.
- Serna Arango, Julián. (2007). Ontologías alternativas. Barcelona: Anthropos.
- Serna Arango, Julián. (2009). Somos tiempo. Crítica a la simplificación del tiempo en occidente. Barcelona: Anthropos.
- Serna Arango, Julián. (2009). Finitud y tiempo. La rebelión de los conceptos. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Touraine, Alain (1994). Crítica a la modernidad. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Unamuno, Miguel de (1985). Del sentimiento Trágico de la vida. Bogotá: Planeta Agostini. Original 1913.
- Vattimo, Gianni. (1987). El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica en la cultura posmoderna. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Vommaro, Gabriel y otros. (2007). La sociología ahora. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Wallerstein, Immanuel. (2007). Impensar las ciencias sociales. México: Siglo XXI Editores. Original 1991.
- Weber, Max. (2007). La ciencia como profesión. La política como profesión. Madrid: Espasa Calpe. Original 1919.
- Zemelman, Hugo. (2010). Lenguaje y producción de conocimiento en el pensamiento crítico. México: Cerezo Editores.

## Cibergrafía

- <http://www.bibliotecasvirtuales.com/> Bibliotecas virtuales.
- <http://www.cervantesvirtual.com/> Biblioteca Miguel de Cervantes.
- <http://quimbaya.banrep.gov.co/blaa/bibliotecavirtual.htm> Biblioteca Luis Ángel Arango.
- <http://www.filosofia.net/materiales/filosofos/nietzsche/>
- <http://www.horizonteshumanos.org/> Horizontes Humanos  
<http://dialnet.unirioja.es/> Base datos de tesis doctorales en España  
<http://es.wikipedia.org/>
- <http://www.louvre.fr/> Museo de Louvre en Francia
- [http://www.rome-museum.com/es/museo\\_nacional\\_romano.php](http://www.rome-museum.com/es/museo_nacional_romano.php) Museo Nacional romano en Italia
- <http://www.namuseum.gr/> Museo Nacional arqueológico griego.  
[www.konvergencias.net/quijote.htm](http://www.konvergencias.net/quijote.htm)
- <http://www.moma.org/> Museo de Arte Moderno de Nueva York  
<http://www.rae.es/rae.html/>. Real Academia de la Lengua Española.



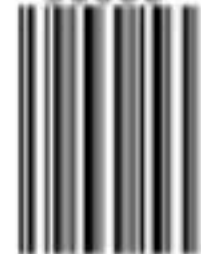
Miguel Alberto González González. PhD en Ciencias de la educación y PhD en conocimiento y cultura en América Latina. Posee libros sobre ensayos educativos, filosóficos. Posee artículos en revistas nacionales e internacionales. Ha participado con ponencias en eventos académicos y docente invitado en Argentina, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile, Dinamarca, España, Francia, India, Italia, Haití, México y Turquía.

El texto de Miguel es una lección sublime para una filosofía de la educación; también para una política y una ética del sujeto que no se acostumbra al desierto —como quería Arendt— y aún cree en las utopías libertarias. Más allá de ello, lo mejor de estos diálogos está en el estilo de su escritura, en su impronta inventiva, en la creación de lenguaje, que permiten describir el presente con los términos del poeta, del filósofo, del humanista, e imaginar nuevas realidades, nuevos mundos posibles. Eduardo de la Vega. Rosario, Argentina.

ISBN 9781717824554



90000



9 781717 824554